



DESAFIO AL F.B.I.

SILVER KANE





SS **SERVICIO SECRETO**





SILVER KANE

DESAFIO AL FBI

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 930

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 16.225-1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio 1968

© SILVER KANE - 1968
sobre la parte literaria.

© JORGE SAMPER - 1968
sobre la cubierta.

© EDMOND - 1968
sobre la ilustración interior.

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1063 — Asesino profesional.

En Colección SERVICIO SECRETO:

887 — La red amarilla.

En Colección TEXAS:

629 — Carrera salvaje.

En Colección SALVAJE TEXAS:

506 — Testigo para la horca.

En Colección BUFALO:

163 — Los asesinos de River.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La horca de los demonios.

En Colección SELEC. SERVICIO SECRETO:

243 — Melodía para un Ganster.

En Colección BRAVO OESTE:

380 — El que no quiso matar.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

554 — El último deseo de Johnny Burns.

En Colección CALIFORNIA:

603 — El generalito.

En Colección PUNTO ROJO:

316 — Veintiuna guapas... ¡Y la muerte!

CAPITULO PRIMERO

El rumor circuló de un lado a otro del departamento, haciendo que más de una frente se arrugase y más de un semblante se oscureciera:

—Ha salido Rosso.

La noticia se filtró por los despachos y creó en ellos una invisible tensión, como si de pronto hubiese llegado hasta allí, con la siglas «Top Secret», un mensaje confidencial diciendo que era inminente un peligro de guerra.

—*Ha salido Rosso.*

Los hombres que habían logrado su captura, los que habían estado a punto de perder la piel para tenerlo entre rejas, no podían creerlo. Sin embargo, la noticia tenía todo el aspecto de ser cierta.

—*Ha salido Rosso...*

Finegan, jefe de zona, hombre de cuarenta años de edad, recio, de hombros cuadrados y puños de boxeador, entró en el despacho de su jefe.

Este veía un programa de televisión.

No un programa cualquiera, desde luego, sino unas secuencias informativas. Se trataba de la llegada de una comisión política a Nueva York, camino de Washington.

Cutter el jefe, miró a Fineman.

—Un momento. Mire.

Le señalaba la pantalla. Se veía a un avión posándose en una de las pistas del aeropuerto Kennedy. De él descendía un individuo bajito, delgado, de aspecto sinuoso, cuyas facciones indicaban su procedencia: era, sin duda alguna, un indonesio.

Un hombre de media edad acudía a recibirle. Era calvo y ligeramente grueso. Todos reconocieron en él a Dean Rusk, secretario de Estado en funciones.

La panorámica cambió, tras un breve comentario del locutor. Se veía ahora el aeródromo de Laguardia, el viejo aeropuerto principal de Nueva York. Un «Boeing 707» se posaba en la pista. Por la escalerilla descendía un hombre opulento, amarillo, de facciones

impasibles. Era un chino. Y también en este caso Dean Rusk acudía a recibirle.

Nuevamente las cámaras situaron al espectador en otro lugar. En este caso el aeropuerto de Newark, al Oeste de Nueva York.

El hombre que llegaba en esta oportunidad era alto, delgado y de expresión más bien patética. Sus vestiduras, su turbante y su tez olivácea indicaban sin lugar a dudas que se trataba de un indio. También Dean Rusk acudió a recibirle, como a los otros dos. En los espacios informativos aparecían unos mismos hombres, cerca del aparato, hombres con rostros de piedra que sin embargo lo observaban todo y estaban dispuestos a actuar en unas décimas de segundo. Fineman reconoció a varios compañeros suyos, elegidos entre los mejores sabuesos de que disponía el F.B.I., especializados en protecciones personales.

Cutter cerró el televisor.

—¿Ha visto, Fineman?

—Sí, señor. Parte de la comisión ha llegado.

—Llegarán los otros también, no le quepa duda. Esta reunión ha provocado muchos comentarios, pero al fin se celebrará. El delegado indonesio, el chino nacionalista y el indio, ya están aquí. Dean Rusk ha acudido a recibirlos. También vendrán los delegados de Vietnam del Sur, de Camboya, de Laos, de Australia y... *el otro*.

—¿Qué otro?

—Usted ya me entiende, Fineman.

El federal hizo un gesto de asentimiento. Chascó los dedos.

—Sí, ya comprendo. Al principio no entendía bien de qué me hablaba.

—Pues es algo fundamental. Le encuentro algo raro, Fineman. ¿Qué le ocurre esta mañana?

—Señor, he de darle una noticia poco tranquilizadora. Es eso lo que me ha desequilibrado por unos momentos. Ha salido Rosso.

Cutter apretó los puños con un gesto de rabia, mientras palidecían intensamente.

—No es posible... —farfulló.

—Lo es.

—¿Se ha confirmado la noticia?

—Aún no.

Cutter descolgó un teléfono.

—Con el departamento jurídico —pidió.

Un momento después, desde la sección de abogados que formaban parte del FBI, se le confirmó lo que no parecía más que un rumor. Rosso estaba en la calle. Absolutamente libre por falta de pruebas.

Cutter colgó el auricular con lentitud, aplomadamente, con la debilidad de un enfermo.

—¡Es la noticia más absurda que he oído en mi vida! —aulló de pronto—. ¡Maldita sea la justicia y todos los que dicen servirla! ¡Hasta los perros vagabundos del Bronx sabían que Rosso mató a Nguyen Tonc, aquel delegado survietnamita en las Naciones Unidas! ¡Y ahora resulta que los absuelven! ¡Lo absuelven *por falta de pruebas*!

Fineman apoyó los puños en la mesa.

—No es eso lo más grave, señor.

—Sí, ya sé lo que quiere decir. Rosso es un verdadero asesino internacional, uno de los hombres más hábiles que existen en el mundo, en el difícil arte de matar al prójimo sin que ni éste se entere. Y lo absuelven justo cuando esa comisión acaba de llegar a Nueva York. Ahora sólo faltaría que Rosso hubiera recibido dinero para matar a alguno de sus miembros. Hay potencias asiáticas a las que favorece muy poco la celebración de esa conferencia, y sin duda querrán impedirla. Bastaría que Rosso matara a uno de los delegados para que todo se fuese al diablo.

—Pero los delegados están bien protegidos, señor. He visto a algunos de nuestros hombres en las inmediaciones de los aparatos. Entre ellos están los mejores tiradores que conozco.

—Hay uno mejor que ellos.

—¿Quién?

—«Tucson» Bill.

—¿Por qué lo ha recordado precisamente ahora, señor?

—Porque no hay más que un sistema para acabar con el peligro que Rosso significa. Vamos a detenerle. Y de eso se encargará «Tucson» Bill.

Fineman parpadeó.

—¿Detenerle? ¿Con qué pretexto, señor?

—Con ninguno. Simplemente se le detiene y se le acusa de cualquier cosa: conducta moral y escándalo en un establecimiento

de bebidas, y de llevar encima drogas que habían pasado de un Estado a otro, lo cual es delito federal. Naturalmente, nos enviará en seguida a una legión de abogados exigiendo que lo soltemos, pero quizá podamos retenerlo durante cuarenta y ocho horas. Y aún más, si el fiscal del distrito colabora. Cuando le soltemos, la conferencia ya habrá terminado.

Fineman alzó una ceja.

—No es un procedimiento muy legal, pero...

—¿Y la conferencia que va a celebrarse? ¿Es legal acaso? Si examinamos el problema objetivamente, habremos de reconocer que no lo es. Pero hay que celebrarla, ¿no? La paz y la seguridad de millones de personas dependen de ella. Vamos, no pierda más tiempo. Avise a «Tucson» Bill.

Fineman susurró:

—De acuerdo, señor.

Y salió de allí.

El despacho de «Tucson» estaba un piso más abajo, en una habitación que era mitad archivo mitad sala de conferencias, por sus grandes dimensiones. Encontró al federal con los pies sobre la mesa y mirando una fotografía. La guardó presurosamente al ver entrar a Fineman, que era su jefe inmediato.

—Tucson... —dijo éste.

El joven se levantó.

Era alto y hercúleo. Había participado como boxeador del peso pesado en la Olimpiada de Tokio. Si no llegó a la final, fue porque tuvo la desgracia de que le abrieran una ceja en el primer asalto. A él no le importó nada aquello, pero el árbitro suspendió el combate en el tercer «round», porque la hemorragia era demasiado intensa, y en los combates entre amateurs no se quiere sangre. Por entonces su rival ya había ido una vez a la lona, pero Tucson hubo de acatar el fallo. Desde entonces parecía haber quedado impresa en su rostro aquella expresión un poco triste, un poco ausente, porque esa eliminatoria truncó su aspiración de llegar a ser una gran figura en el FBI, gracias a su fabulosa puntería, la verdad era que, en su intimidad, consideraba que en su vida no había tenido aún un solo éxito.

Sólo las mujeres le buscaban, pero...

Acarició inconscientemente la foto que había ocultado en uno de

sus bolsillos.

—Tucson...

—Diga, señor.

Fineman le hizo la misma pregunta de siempre. Parecía no cansarse de oír la misma respuesta, siempre también la misma.

—¿Por qué le llaman «Tucson», muchacho?

—Porque nací allí, señor.

—Pues a ver si deja en buen lugar a su ciudad. Tiene trabajo.

—¿De qué se trata?

—Detendrá a Rosso.

—Ya he oído que estaba libre —murmuró Tucson, apretando los puños—. No podía creerlo.

—Debe detenerlo con el pretexto de que llevaba drogas que han pasado ilegalmente de un Estado a otro. No haga caso de sus protestas; se trata simplemente de retenerlo todo el tiempo posible, mientras se celebra la conferencia del Sudeste Asiático. Usted conoce sus ambientes y los lugares donde puede encontrar a este tipo. No pierda tiempo.

Tucson arrugó el ceño.

—Es que...

—¿Qué le ocurre?

—No... Nada, señor.

—Por un momento había creído notar que ese trabajo no le gustaba. Razón de más para encargárselo. Vamos, aligere.

Tucson salió.

Ahora que el otro no le veía, sus facciones estaban contraídas verdaderamente.

¡Precisamente ahora! ¡Ahora, cuando las cosas empezaban a ir un poco bien!

Una mano se posó en su hombro.

—¿Qué te ocurre, Tucson?

—¿Por qué?

—Tenías cara de ogro. Cara de mala baba.

Tucson miró a Rawlins, su mejor amigo desde los tiempos de la escuela de Quantico. Rawlins siempre estaba dispuesto a hacer un favor, aunque no se lo pidieran. Por eso se interesó de nuevo:

—Bueno... ¿qué te ocurre?

—Fineman quiere que detenga a Rosso.

—¿Y por qué no?

Tucson, por toda respuesta, extrajo la foto que había ocultado antes. En ella se veía a una mujer impresionante, maravillosamente tentadora y al mismo tiempo maravillosamente delicada. Tenía de todo lo que hay que tener, más propina e impuestos. Y al mismo tiempo parecía suave, tierna, ingenua, y se la adivinaba de carácter dulce. Todo lo que se dice en las líneas anteriores podía apreciarse claramente —menos la ingenuidad— gracias a que la «niña» llevaba un bikini.

—Es Samantha —murmuró Tucson—. Sabes que se fue de gira por Europa hace un año. Y ahora ha vuelto, en el trasatlántico «Constitution», pero estará aquí solamente unas horas. Acababa de telefonarme para que nos viéramos en su apartamento de la calle Quince cuando, ¡plaf!, viene Fineman y lo joroba todo. Un año entero deseando volver a ver a esa mujer y de repente... ¡Pero al diablo! ¡No quiero pensar más en eso!

Rawlins sonrió con su expresión beatífica de siempre.

—No te preocupes; ese trabajo lo haré yo.

—Es imposible. Me lo han encargado a mí.

—Te lo han encargado porque eres un excepcional tirador y porque tienen miedo de que Rosso se defienda. Pero nada de eso va suceder; Rosso ni siquiera lleva armas. Y no cometerá la tontería de disparar contra un agente del FBI, porque entonces sí que estaba listo. Ese trabajo lo mismo puede hacerlo un hombre que otro.

—¿Tú crees que...?

Tucson no quería aceptar. Estaba dudando. Aquello le parecía una falta muy grave, algo que él no podía cometer.

Pero, ¡diablos!, ¡Samantha le estaba esperando!...

Rawlins le dio con suavidad un golpe en la barbilla, imitando el que le hubiese dado un auténtico boxeador.

—Vete tranquilo. Conozco las costumbres de Rosso mejor que tú, de modo que haré ese trabajo a la perfección. Hasta pronto, Tucson.

—Nos encontraremos aquí dentro de cuatro horas.

—Okey.

Tucson se encontró en la calle sin saber aún muy bien qué le ocurría.

Nunca había hecho una cosa así. Jamás había aceptado que un

compañero tomara su puesto.

Pero, al fin y al cabo, era una misión rutinaria. Aunque Rosso fuera un peligroso asesino internacional, nunca dispararía contra un federal. Era una tontería que él dejase marchar a Samantha, quizá para siempre, para hacer algo que podía hacer cualquier otro.

Mientras tanto, Rawlins se dirigía al Blouson Noir, un local semisecreto, de ambiente más o menos francés, donde un whisky costaba diez dólares y había strip-tease permanente, día y noche. Resultaba muy fácil que Rosso, para saborear su libertad, hubiese decidido ir allí.

Sobre el escenario tenuemente iluminado, una chica muy joven se quitaba lentamente unas medias color humo. Parecía muy ingenua, y Rawlins no la había visto nunca por allí. Una principiante de las que gustarían a un tipo que se ha pasado un año entero en la cárcel. Pero Rosso no estaba allí.

—No le hemos visto desde que lo enchironaron —susurró el *barman*—. No, ni idea... Ni siquiera un telefonazo.

Sonaron aplausos. La chica demasiado joven se había retirado.

La sustituyó otra demasiado madura, pero con una picardía soberana en cada uno de sus gestos.

Rawlins encendió un cigarrillo.

—Hasta pronto.

Cuando salió, la mujer sólo se había quitado los guantes. Una lástima.

Fue al bar de Truman. Truman era un granuja con fama de tener almacenado whisky como para abastecer a la Marina durante diez años. Todo él era escocés legítimo, y todo él de contrabando. Rosso había sido uno de sus mejores clientes.

Pero tampoco estaba allí.

—Ni un telefonazo, amigo.

—Bien. Hasta pronto.

La tercera «estación» fue el salón de miss Jekyll. Así como Truman tenía whisky, miss Jekyll tenía chicas, pero no precisamente escocesas. Su casa había cerrado varias veces, pero siempre, sin que se supiera en virtud de qué misteriosas influencias, volvía a abrir. Rosso era bien conocido allí. Y quizá, al salir de la cárcel, había decidido saludar a alguna de sus antiguas amigas.

Pero tampoco lo encontró.

—Ni un telefonazo.

Rawlins estaba extrañado. ¿Qué había hecho Rosso al salir? ¿Por qué no se había comportado con la relativa normalidad de un ex presidiario? ¿Qué preparaba?

Lo encontró al fin junto al río Harlem.

Allí donde Manhattan termina, en el extremo más norte de la isla, el río Harlem forma como una pequeña frontera. El Nueva York negro, el de las casas de sólo tres pisos y de las calles oscuras, termina bruscamente allí. Bajo los puentes, algunos viejos edificios semiderruidos hablan de la época en que la zona era todavía más peligrosa que hoy. Algunos de esos edificios siguen teniendo un destino indescifrable. Varios de ellos figuran en los archivos del FBI con mucha más insistencia que el propio Empire State Building.

Rosso, en otro tiempo, había merodeado también por aquella zona. Allí estuvo su cuartel general cuando él era un vulgar maleante, y todavía conservaba amigos por el barrio. Por eso Rawlins fue a buscarlo allí en último lugar.

No se equivocó.

Rosso estaba en la habitación más recóndita de una casa de sólo dos pisos cuyas paredes empezaban a crujir inquietantemente. No había nadie en la planta baja, nadie en las escaleras y nadie en las habitaciones que daban a la calle, hasta alcanzar la más oculta de todas ellas. Y allí estaba Rosso. Con dos hombres.

No demostró la menor inquietud al ver allí a Rawlins.

Los muebles, que parecían propios de una película de otra época, diríanse todos devorados por la carcoma. Cada vez que alguien apoyaba un dedo en ellos, crujían a punto de desmoronarse. Rosso, sentado en una vieja butaca, con las piernas cruzadas, miró al federal.

—¿Qué quiere el FBI, Rawlins? ¿Ver si tengo buena cara después de salir de la cárcel? ¿Saber si me divierto?

Rawlins dejó que las manos se apoyaran en sus solapas, muy cerca del revólver.

—Has cometido un delito federal al salir de chirona, Rosso. Mal asunto para ti. Tendrás que acompañarme.

—¿Qué delito?

—Te lo explicarán cuando estés en buena compañía.

Rosso sonrió.

—¿Ves a mis amigos?

—Claro que los veo. Y tienen mala cara... Necesitan una inyección de vitaminas cada uno.

—Quizá lo que necesiten sea otra cosa: saludarte. Vamos, Ringo, dale la mano al caballero.

Rawlins rio sombríamente.

—Antes entrégueme su pistola, Ringo.

—Claro.

Ringo era muy blanco. No tenía barba. Producía un repelente efecto con su cara afeminada, su figura redondeada y su aspecto ambiguo, mitad hombre y mitad mujer.

Ringo, que había tenido la mano metida en su bolsillo, la extrajo de repente.

Y Rawlins vio entonces que aquel brazo no terminaba en una mano. No, ni en nada parecido. Terminaba sencillamente en la cabeza de un hacha.

Rawlins se dio cuenta demasiado tarde, cuando ya no podía reaccionar, cuando ya no tenía tiempo ni de lanzar un grito.

La hoja de acero se descargó sobre su garganta justo cuando él empuñaba la culata del revólver.

No llegó a tirar de ella.

La sangre salió a chorro, al ver cortada la yugular, llegando hasta la pared frontera. Rawlins cayó de rodillas, pero todavía intentó defenderse. Con un gritito gutural, Ringo alzó el brazo derecho otra vez. El federal levantó la cabeza para mirarle. Cosa alucinante, aquel brazo no terminaba en una mano, sino en un hacha. La mortífera hoja de acero cayó ahora de lleno sobre la cara de Rawlins, partiéndola en dos. El federal cayó de espaldas, con un gorgoteo, mientras lo que quedaba de su cara se convertía en una máscara roja.

Ringo alzó el brazo otra vez. Sus ojos brillaban demoníacos. Una especie de secreto y misterioso placer parecía enloquecerle.

Rosso murmuró:

—Ya basta... Muy bien, Ringo, al río con él. Y ahora vamos a lo que os he dicho antes. No podemos perder un minuto.

Ringo silabeó:

—Sólo un golpe más, jefe...

Y Rosso se encogió de hombros.

CAPITULO II

La ficha, con esa frialdad estremecedora de los informes técnicos, decía simplemente:

«Hallado flotando en el río Harlem a las 17'32 del día de la fecha. Datos físicos y filiación al dorso. Presentaba tres heridas incisocortantes en el cuello, interesando femoral, la primera; en rostro, partiendo tabique nasal, arco superciliar izquierdo y frontal, la segunda; y en región occipital, con salida de masa encefálica y fractura de la base del cráneo, la tercera. Todas mortales de necesidad. Arma probablemente usada: un hacha. Entregado el cuerpo al forense y pendiente informe: 18'30.»

Fineman la depositó sobre la mesa.

—¿Has visto lo que le acaba de suceder a Rawlins?

Tucson, que llevaba apenas diez minutos en su despacho, tomó la ficha y la leyó ansiosamente.

Sus facciones palidieron tan intensamente que dio la sensación de que iba a caer al suelo de un momento a otro. Sus dedos soltaron la ficha, como si no tuvieran fuerza para sostenerla. Cerró los ojos mientras apretaba desesperadamente la boca, cerrándola con todas sus fuerzas para no gritar.

Fineman le miró extrañado.

—¿Qué le pasa? Ya sé que Rawlins era muy amigo suyo, pero el riesgo de morir es algo casi rutinario en esta profesión. Lo que no comprendo es quién ha matado a Rawlins y por qué razón. El no perseguía a nadie; no tenía ninguna misión asignada...

Tucson había necesitado apoyar su cabeza en el respaldo de su asiento.

Se le había helado la sangre en las venas. No sentía los latidos de su propio corazón.

Fineman insistió:

—¿Por qué se lo toma de ese modo?

—Por... nada... señor.

—Ni siquiera debí haberle dicho esto. Yo había entrado por otra razón. ¿Cómo no ha echado el guante a Rosso? Cutter, el jefe, está

muy inquieto. De un momento a otro va a empezar a rabiar.

Los dedos de Tucson apretaron angustiosamente el borde de la mesa, hasta que blanquearon. Hizo un esfuerzo terrible por serenarse, por respirar normalmente, por volver a vivir.

—No... lo he encontrado, señor.

—¿Y ya ha desistido de buscarlo? ¿Por qué ha vuelto aquí en lugar de seguir su pista?

Tucson tragó saliva penosamente. Sus ojos estaban vidriosos; apenas veía a su jefe.

—Necesitaba... reflexionar... señor.

—Pues hágalo pronto. Mañana empieza la primera reunión, y es posible que traten de eliminar a uno de los delegados esta misma noche. Rosso en libertad significa el mismo peligro que una bomba nuclear a punto de caer desde el último piso del Rockefeller. ¡Vamos, tiene que darse prisa! ¡No quiero verle quieto ni un instante más ahí!

Tucson se puso en pie mecánicamente.

No sabía dónde estaba. Le parecía como si el despacho diera vueltas en torno suyo.

La voz de Fineman le pareció muy remota.

—Quizá usted no se ha dado cuenta de la importancia de su misión, Tucson. Quizá no sepa lo que significa esa conferencia del Sudeste de Asia.

No se dio cuenta ni de lo que contestaba.

—Tal vez... el Vietnam...

—Eso es lo que dicen, aproximadamente, las notas oficiales, pero la cuestión es otra. Se trata, sencillamente, de decidir el destino de Indonesia. Usted sabe que con Sukarno aquello era un hormiguero, pero después de la caída de éste aún es peor. Las islas de Indonesia, aparte sus riquezas naturales, tienen un enorme valor estratégico. Basta mirar un mapa del Pacífico para ver que forman un arco que lleva, sencillamente, de China a Australia. Sí los chinos dominaran Indonesia, conseguirían apoderarse de Australia también, al fin y al cabo un continente vacío que es una presa, ideal para sus setecientos cincuenta millones de habitantes amarillos. Por eso los comunistas adictos Pekín prepararon el golpe de Estado del primero de octubre de 1965, un golpe que había de colocar a toda Indonesia bajo la égida de Mao Tse Tung. Sukarno, entre la carta

blanca y la carta amarilla, había jugado esta última. Pero el golpe de Estado fracasó, y la represión contra los complicados en él ha sido algo que avergüenza a cualquier persona civilizada. Más de un cuarto de millón de personas se cree que han sido fusiladas por los militares adictos a Suharto. Por eso Indonesia no es más que un pozo de rencor.

Tucson dijo con un soplo de voz:

—Comprendo... señor.

—Por eso hemos reunido una conferencia de países interesados en el problema. Todos los interesados, se entiende. Se trata de estudiar un estatuto internacional y un Gobierno estable para Indonesia. Algo que garantice la paz y evite un nuevo Vietnam.

—Pero... ¿por qué iban a querer matar a alguno de los delegados?

—Una normalización de la zona, bajo control internacional, los hunde para siempre. Vale la pena, pues, pagar a un hombre como Rosso para que mate a uno de los delegados y lo haga fracasar todo. Un millón de dólares pueden ser una inversión altamente rentable. Y eso es lo que me temo que vaya a suceder.

Tucson estaba apoyado en una de las paredes.

Sus poderosos músculos no le sostenían.

Se daba cuenta del pozo de horror en que estaba metido ahora. La muerte de Rawlins significaba que las sospechas de Fineman no eran una fantasía, sino una sorda y maldita realidad. Significaba que un compañero había bajado a la tumba por su culpa, por la condenada culpa de «Tucson» Bill. Y que una verdadera hecatombe podía originarse si él no actuaba en seguida.

Caminó hacia la puerta.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? —musitó Fineman—. ¿Se cree capacitado para hacer eso usted solo? ¿O necesita ayuda?

Tucson se llevó una mano a la frente. Hizo esfuerzos desesperados por mostrarse sereno.

Fineman aún no relacionaba a Rosso con la muerte de Rawlins. Aún no conocía ni la mitad de lo sucedido...

Tucson salió y cerró de repente la puerta a su espalda.

Avanzó por el pasillo como un borracho.

Pnom Thieu, el delegado de Camboya, paseaba por su habitación a menudos y calculados pasos. Con las manos unidas a la espalda, pensaba en la conferencia que iba a iniciarse al día siguiente y en lo mucho que podía significar para el futuro de su país. Un polvorín en el sudeste de Asia era un polvorín que por fuerza afectaba a Camboya. Si podían resolver la cuestión indonesia, tal vez se resolvería la cuestión vietnamita. Camboya era un país neutralista, un país que por el momento sólo deseaba la paz.

Consultó su reloj.

Había pedido una taza de té cinco minutos antes. El Sheraton, donde se hospedaba con otros delegados, era un hotel con excelente servicio. ¿Por qué tardaban tanto?

Volvió a reflexionar sobre el problema que en estos momentos embargaba su ánimo.

Al día siguiente tendría la primera reunión en Nueva York, en United Nations Plaza, la sede de la ONU. Sería una simple reunión preliminar, una toma de contacto. Dos días más tarde, caso de haber acuerdo previo, irían a Washington, donde las conversaciones alcanzarían mayor altura, pues estaba previsto que interviniera en ellas el presidente Johnson.

Volvió a consultar su reloj.

¿Cómo era posible que tardasen tanto en...?

De pronto sus pensamientos se detuvieron. Acababan de sonar unos discretos golpes en la puerta.

—Adelante.

Un camarero entró, arrastrando un carrito con un servicio completo de té.

—Su pedido, señor.

—Gracias. Una taza.

—Ustedes, los orientales, beben té a todas horas —dijo el mastodonte que se había detenido en el umbral de la puerta.

Pnom Thieu le miró.

Había visto aquel tipo en el aeropuerto, durante la recepción; lo había vuelto a ver en la ventanilla de un coche que les adelantó a lo largo de Broadway. Y ahora lo encontraba allí, en la puerta de su habitación, como si tal cosa.

—Y ustedes, los policías americanos, ¿qué beben? —preguntó.

—Whisky... los días de paga.

—¿Por qué está aquí?

—Es mi obligación. Tengo que protegerle hasta que tome el avión para su país, al terminar la conferencia.

—¿A qué cuerpo pertenece? ¿A la Policía Metropolitana? He oído hablar mucho de ella.

—No. Al FBI.

—De ustedes he oído hablar más aún. ¿Pero no puedo ni tomar una taza de té tranquilo?

—Cuando se vaya el camarero, yo me iré también. Tengo orden de que nadie entre en su habitación sin que yo vigile directamente lo que hace.

—Un poco exagerado, ¿no?

—Eso lo sabremos cuando la conferencia termine. Además, son órdenes. Usted está bajo la protección del Gobierno de Estados Unidos.

El camarero sonrió.

—Quizá le extrañen las costumbres norteamericanas, señor.

—Oh, no... Comprendo que eso tal vez sea necesario.

—Por cierto...

—¿Qué?

—Colecciono tarjetas de visita de personajes ilustres, señor. No sé si será demasiado atrevimiento. Pero si pudiera darme una de las suyas...

El camboyano sonrió.

—¿Por qué no?

Extrajo su cartera, una magnífica pieza hecha con pieles de cuatro clases de serpientes distintas.

En aquel momento, el camarero alzó la taza de té ya llena. Lo hizo con demasiada precipitación.

La taza chocó con la cartera, derramó un poco de líquido e hizo que aquella magnífica pieza resbalara de entre los dedos de Pnom Thieu.

El camarero se inclinó rápidamente.

—Oh, perdón, señor... No sé cómo disculparme... Su cartera, señor.

La había recogido del suelo, para entregársela al diplomático.

—Tome, señor.

—No se preocupe, no me he manchado. A ver... una tarjeta...

Siempre las llevo aquí.

Introdujo los dedos en uno de los departamentos de su cartera. De pronto su rostro cambió.

Hizo primero un gesto de asombro, luego de dolor, y al instante lanzó un alarido.

La cartera cayó de sus manos.

Se llevó los puños cerrados al corazón y de repente cayó de rodillas, barbotando palabras ininteligibles en su lengua.

El camarero palideció.

—Pe..., ¿pero qué sucede?

El federal que estaba en la puerta penetró al galope.

—¡Hay que buscar un médico! —gritó el camarero—. ¡Ese hombre ha sufrido un ataque al corazón! ¡Hay que buscar un médico!

El mastodonte del FBI no hizo caso de aquellas palabras. Se inclinó sobre el caído.

—En todo caso lo que habrá que buscar es un sepulturero —dijo lúgubremente—. Este hombre acaba de morir.

—No es posible...

Tomó la cartera que el otro había soltado. Y de pronto la dejó caer con un gesto de horror, mientras estaba a punto de lanzar un grito.

Una araña pequeña, verde, asombrosamente achatada, acababa de surgir por entre dos intersticios de la cartera, justo en el lugar donde poco antes introdujo los dedos el diplomático.

Las facciones del federal se demudaron.

Pisoteó al insecto con un gesto de rabia, dejando la alfombra manchada de una indefinible sustancia verde.

Su rostro estaba lleno de repulsión, de asombro, de odio.

Se volvió hacia el camarero, que aún seguía en la puerta.

—Todo estaba preparado...—masculló—. Es una miserable trampa... Usted no pertenece al servicio del hotel. Cambió la cartera por otra idéntica, después de hacerla caer al suelo a propósito... Muy bien... Veremos si sus manos son tan hábiles cuando yo le ponga las esposas...

Su zarpa derecha voló al encuentro del cuello del falso camarero.

Este no era un hombre de acción. Simplemente un tipo con los

dedos finos. Debían haberle elegido para aquel trabajo a causa de su maravillosa facilidad para trucar un objeto, pero ahora estaba aterrorizado.

Aquella zarpa por poco le retuerce el cuello.

Gimió.

Y en ese momento otro tipo apareció en la puerta. Iba bien vestido, pero tenía un no sé qué de repelente y extraño. Quizá era su rostro sin barba, tan blanco y afeminado. O su tipo lleno de redondeces, que hacía pensar en una desdichada mezcla de hombre y mujer, en un tarado, en un anormal. Era el clásico tipo a quien con gusto el del FBI hubiera arrojado por la ventana.

Y sólo faltaba que en aquel momento se presentase allí. Bueno. Lo que necesitaba...

—Largo de aquí o le trinco en el mismísimo pasillo —gruñó el gorila—. Si quiere saber la cara que tendrá cuando no le queden narices, permanezca aquí un segundo más.

El de la cara blanca musitó:

—Perdone, amigo, yo sólo quería darle...

Extrajo lentamente la mano derecha que hasta aquel momento había mantenido oculta en el bolsillo.

Bueno, lo que debía haber sido la mano derecha.

En su lugar, el federal vio fugazmente algo largo y brillante, algo que se parecía a un antiguo punzón de partir hielo. Pero ninguna mano lo empuñaba. ¡Aquel punzón comenzaba directamente en el brazo!

El federal lanzó un grito.

Demasiado tarde.

El punzón penetró en su cuerpo de abajo arriba, buscándole directamente el corazón. Se lo atravesó al primer golpe.

La derecha del agente palpó frenéticamente el revólver, intentando sacarlo, pero ya no le quedaban fuerzas ni para eso. Un dolor frío, acerado, subió hasta su cerebro. Lanzó un gruñido mientras el hombre de la cara demasiado blanca reía, reía...

De pronto todo se volvió rojo. De un espantoso color de sangre.

CAPITULO III

Todo terminó cuando aquella especie de bólido pasó rugiendo a través de la ventana.

El falso camarero acababa de mirar el rostro de luna del hombre del punzón. Sus ojos estaban dilatados por el miedo.

Y acababa de susurrar:

—Aligera. Llegará gente...

En aquel momento la ventana pareció saltar en cien pedazos. Algo que parecía una figura humana pasó a través de ella.

El hombre del punzón corrió hacia atrás, perdiéndose en el pasillo velozmente. El camarero gritó:

—¡Ringo!

Pero el desconocido ya estaba encima. Era un hombre joven, atlético, con aspecto de campeón del peso pesado. Debía, además, ser un magnífico equilibrista, porque para llegar hasta allí había tenido que deslizarse por la fachada, amparado en las sombras de la noche.

Una pistola chata apareció en los dedos del hombre que había hecho el cambio de la cartera. Pareció brotar allí como por arte de magia. No cabía duda de que aquel tipo era uno de los más hábiles prestidigitadores que Tucson había visto en su vida.

«Mientras no haga aparecer un tigre...» —pensó maquinalmente.

La bala le cegó en el primer momento. Sintió confusamente que le había rozado una sien. Cayó sobre su enemigo y le puso el antebrazo en el cuello, apretando.

El otro alzó la pistola velozmente.

Fue simplemente una cuestión de rapidez. Un duelo silencioso entre una mano que subía y un antebrazo que bajaba, presionando.

El cuello se rompió con un «traaac» siniestro.

La pistola, que ya estaba casi apuntando al ojo derecho de Tucson, cayó blandamente a tierra.

Tucson apretó los labios. Lamentaba haber tenido que matar a aquel hombre, porque así no podría obtener información. Pero no había tenido otra solución para evitar que disparase.

Trató de llegar al pasillo.

El otro, el gordito afeminado, no se le podía escapar.

¡Tenía que atraparlo como fuese!

Pero en aquel momento una puerta frontera se abrió de golpe. Tucson llegó a tiempo de ver una figura confusa, vestida de negro. El brillo metálico de una pistola provista de silenciador le advirtió que allí estaba la muerte.

Se arrojó a tierra.

El taponazo pareció atravesar el pasillo, acompañando a la bala. Esta se llevó por delante una porción del marco de la puerta.

En seguida, la pistola descendió en busca de su presa, que mostraba una movilidad extraordinaria.

Pero Tucson estaba bebiendo su propio récord. No permaneció quieto ni una fracción de segundo: Al instante saltó hacia su enemigo.

Cuando éste apretó el gatillo, ya tenía encima aquella torre de músculos duros como el acero.

Los dos rodaron por tierra, penetrando en la habitación. Tucson cerró la puerta de un puntapié. Pese a representar a la ley, no quería que nadie le viese en aquellos momentos.

Un golpe al codo de su enemigo hizo que éste tuviera que soltar su arma. Pero era un hombre hábil, que al instante retorció con sólo dos dedos una parte del cuello de Tucson. Este sintió un terrible dolor, como si le estuviesen separando la cabeza del tronco. Su enemigo era un especialista del jiu-jitsu. En la penumbra de la habitación, el federal vio que se trataba de un chino.

La mano amarilla ya gateaba sobre las baldosas, en busca de la pistola.

Tucson no tenía tiempo que perder. Con la mano izquierda hizo girar rapidísimamente a su enemigo.

Mientras tanto la derecha se alzaba en el aire.

La dejó caer sobre la nuca. Se oyó un ruido seco y el oriental quedó espantosamente inmóvil.

Pero otro ya venía a toda velocidad, saliendo de una puerta que había al fondo, pues la habitación, al parecer, no era un cuarto sencillo. Se trataba de una suite de lujo.

Su segundo enemigo llevaba un cuchillo en la mano. Pero Tucson no le dejó tiempo para emplearlo.

Pensó: «Guardia demasiado baja...»

El gancho al mentón fue de los que acaban con un boxeador en medio segundo. Con mayor razón en este caso, por cuanto el chino no era un boxeador ni estaba acostumbrado a recibir golpes de aquella clase. Durante unos instantes que parecieron interminables, voló por los aires casi cómicamente. Y de pronto cayó a tierra, arrugado, hecho un fardo inmóvil.

Tucson se pasó una mano por la frente.

Bueno, un enemigo menos. Claro que éste despertaría al cabo de unos minutos.

Empujó la puerta desde la cual había salido su segundo enemigo. Debía corresponder a la parte más íntima de la suite, es decir el dormitorio.

Tucson no sabía lo que iba a encontrar allí. De todos modos no empuñó su revólver reglamentario. Sucudiese lo que sucediese al otro lado de la puerta, lo que él deseaba era hablar, no matar. Necesitaba obtener información antes que enviar a otro prójimo al cementerio.

Empujó la puerta. Y de repente parpadeó.

La falda abierta por un lado. Las piernas maravillosamente torneadas. Esbeltas. Largas.

El busto pujante sobre la cintura inverosímilmente cimbreante y fina.

La boca roja. Los ojos rasgados.

Tucson estuvo a punto de gritar: «¡Viva China!»

Claro que entre el busto de aquella mujer y su vientre núbil había un pequeño detalle: La mano derecha estaba quieta allí, a aquella altura. Y sostenía una «Luger».

La muchacha le hizo la pregunta más inesperada del mundo en aquellas circunstancias:

—¿Ha cerrado bien?

—Perfectamente.

—Mejor. Así estaremos solos.

Se sentó en un borde del lecho, pero sin dejar de apuntarle. La abertura de su falda, que estaba diseñada al estilo tradicional chino, se hizo tan patente que Tucson tuvo que cerrar los ojos para no olvidarse de que en medio de todo aquello seguía habiendo una «Luger» cargada. La chica llevaba unas medias oscuras, color humo,

que contrastaban con su fina piel, sólo levemente amarilla.

Al abrir los ojos de nuevo, Tucson trató de acostumbrarse a la nueva situación.

No sabía si ésta era buena o mala. Si miraba la falda de la china, le parecía una situación deliciosa. Si miraba un poco más arriba, a la «Luger», le parecía una situación horrible.

—Si pensaba disparar hágalo cuando antes —murmuró—. Ya he visto bastante para llevarme un buen recuerdo al otro barrio.

—¿Quién es usted?

El inglés de la muchacha china era impecable. Tucson se sorprendió.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Por qué sus esbirros han disparado entonces contra mí?

—Tienen orden de disparar contra cualquiera que les parezca sospechoso.

—Pues es una bonita costumbre... Al menos podían haber preguntado antes, ¿no?

—Ya pregunto yo.

Tucson resolvió decir la verdad.

—Soy un agente del FBI. Me llamo George Bill, pero todo el mundo me llama «Tucson» Bill porque nací allí, y al parecer eso a la gente le hace mucha gracia.

—Un agente del FBI... Celebro conocerle.

—¿De... veras lo celebra? ¿No está bromeando?

—Claro que no... Pero antes quiero ver su placa.

Se oía tumulto en el pasillo, pero nadie había llamado, por el momento, a aquella habitación.

—Y cuidado con las manitas —dijo ella.

Tucson extrajo con sólo dos dedos su placa y su revólver, que dejó sobre una mesita contigua.

—¿Satisfecha?

—De momento, sí.

—¿Y usted, quién es?

—Yo soy *el otro*.

—¿Qué quiere decir?

—Uno de los emisarios que faltaban. El único que sus jefes no mencionan claramente.

—Representa al Gobierno nacionalista, naturalmente. A la China de Chiang Kai Shek.

—Se equivoca.

—Pero...

—Represento a la otra China. A la roja. A la de Mao Tse Tung.

Tucson sintió como si el suelo vacilara bajo sus pies. Por un momento pensó que la muchacha se estaba burlando de él. Todo aquello la parecía demasiado asombroso.

Pero no era una broma. Lo leía en aquellos ojos rasgados y prodigiosamente bellos. También prodigiosamente enigmáticos y duros.

—¿Se sorprende? —susurró ella.

—Con franqueza, no creí que...

—¿No ha oído hablar de las conferencias de Varsovia?

—Desde luego. Como cualquier persona medianamente informada.

En Varsovia, delegados de Washington y delegados de Pekín se han reunido más de ciento cincuenta veces. Ya no es un secreto para nadie. El que no haya relaciones diplomáticas, no quiere decir que no haya relaciones de otra clase.

—Lo voy viendo ahora con absoluta claridad —susurró Tucson—. Y entiendo que usted está bajo la protección de mi Gobierno.

—Sí.

Sin duda Sims, su compañero muerto —pensó el joven—, tenía por misión proteger los dos dormitorios.

Al ver al federal muerto, los chinos habían pensado automáticamente que él era un enemigo. Ahora se explicaba aquella agresión que por poco le cuesta la piel.

—¿A qué ha venido? —susurró.

—Muy sencillo. China roja es parte fundamentalmente interesada en esa conferencia del sudeste de Asia. Todo el mundo sabe que la situación tiene que resolverse allí, o quizá mi país desencadenará la guerra. Esa conferencia es una de las últimas tentativas razonables que el mundo hace para conservar la paz. Si llegase a fracasar...

Tucson musitó:

—Oiga, hermana, ¿siempre habla usted tan seria?

—¿Es que le parece que este asunto puede ser tomado a broma?

—No... Es que sus facciones se endurecen y no está tan bonita. Me gusta más cuando no habla de política.

—Yo no tengo ninguna obligación de gustarle —dijo ella secamente—. Ni he venido aquí para eso.

Tucson cerró un momento los ojos.

Sí, lo comprendía... Ella tenía toda la razón.

Por un momento pasó ante sus ojos la visión de Rawlins, que ya debía encontrarse en el depósito de cadáveres, cuyo cuerpo quizá estaban abriendo ya. Y la vergüenza de sí mismo le hizo sentir un estremecimiento.

—Me temo —dijo sombríamente— que la conferencia ha fracasado ya.

—¿Por qué?

—Su vecino de habitación ha muerto.

—¿Pnom Thieu?

Tucson ya conocía los nombres de todos los delegados. Dijo con expresión hosca:

—Sí.

—Eso es terrible...

La muchacha china parecía consternada. Tucson se preguntó cómo habían podido elegir, para una misión tan delicada, a una mujer tan bonita. Pero en seguida se dijo a sí mismo que la inteligencia no tiene por qué estar reñida con la juventud y con la belleza. Los orientales son hábiles diplomáticos desde que nacen. Y además la hermosura de aquella mujer influirá sin duda, aunque de una manera inconsciente, en la mesa de conferencias... si las conferencias llegaban a celebrarse.

—Todos se retirarán, sin llegar a hablar siquiera... —musitó ella con expresión consternada—. Es espantoso... Unos en señal de duelo y otros para manifestar su indignación... decidirán suspender la conferencia. Podemos considerar que las últimas esperanzas de paz han muerto tal vez esta noche.

—¿Es que si la conferencia fracasa la guerra es segura?

—No me atrevería a decir tanto, pero las posibilidades de que eso suceda resultan demasiado grandes para no echarse a temblar. Indonesia es un polvorín que puede estallar en cualquier momento.

—En caso de una guerra, su país sería responsable —acusó él.

—¿Y el suyo? ¿Acaso la actual situación indonesia no ha sido

provocada por los agentes del CIA? Pero resulta tonto hablar de eso ahora. Lo importante es que la guerra no estalle. Una vez el cataclismo estalle, vaya usted a buscar responsabilidades...

Tucson se dijo a sí mismo que las palabras de la hermosa mujer amarilla estaban cargadas de sentido común. Y un nuevo pensamiento sombrío vino a poblar de arrugas su frente.

La situación de su propio Gobierno...

Pnom Thieu era huésped de Estados Unidos. Estaba siendo protegido por el FBI cuando acabaron con él. ¿Cómo explicaría el Gobierno aquella situación? ¿No se le haría responsable del fracaso de la conferencia y de todo lo que sucediera después?

Otra vez sentía Tucson lo que ya había sentido en una ocasión, cuando le comunicaron la muerte de Rawlins: que todo daba lentamente vueltas en torno suyo.

—Detrás de todo esto hay un poderoso cerebro criminal —susurró—. Alguien que no ha hecho más que empezar a actuar. Este es su primer golpe, pero dará otros... Dará otros antes de que conozcamos su nombre.

* * *

Ringo penetró en aquel extraño recinto, un lugar que, no se sabía bien por qué, hacía erizar los cabellos.

Fuera, en la puerta, un gran cartel indicaba:

«EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE ANTICUARIOS»

El local era grande, casi enorme, y estaba muy oscuro. La sensación de soledad resultaba abrumadora, pese a que unos cuantos visitantes se movían silenciosos por entre los objetos allí expuestos. Una leve música de fondo hacía que el ambiente restallara más inquietante, más extraño.

Allí estaba expuesto todo lo que un amante de las antigüedades pudiera soñar.

Muebles que pertenecieron a la familia imperial rusa o a la corte francesa de Luis XVIII o Carlos X. Una silla de montar del último Kaiser. Tapices y cuadros de la escuela flamenca. Viejas armaduras que parecían sacadas de un museo de Toledo. Ruedas de los

suplicios empleados en las salas de tortura de la Edad Media y el Renacimiento. Hachas y tajos usados por los verdugos... El efecto que la exposición ofrecía, según desde qué ángulo se la mirase, era alucinante.

Pero Ringo no parecía muy impresionado por aquello.

Husmeó por entre los objetos, como si fuese un comprador más, y luego se dirigió hacia el hombre que cuidaba de la exposición, un solemne caballero vestido de chaqué.

—Me interesaría tal vez aquel hacha —susurró.

El empleado hizo un signo de admiración.

—Es una magnífica pieza, señor... Empleada en la alta Edad Media por los verdugos alemanes de la ciudad de Nuremberg. Tiene casi setecientos años de antigüedad. Un ejemplar único.

—Pudiera no ser tan antigua —murmuró Ringo—. En tiempos de Hitler, entre 1933 y 1940 aproximadamente, algunas ejecuciones de enemigos políticos también fueron efectuadas con hacha.

—No se lo discuto, señor. Pero la pieza que usted me señala es realmente auténtica, y nosotros se lo garantizaremos mediante una certificación. En cuanto al precio, nuestro jefe, el doctor Trullock, le atenderá gustosamente. ¿Quiere pasar?

—Claro...

Ringo, sin sacar las manos de los bolsillos, entró por una puerta forrada de piel donde una placa dorada indicaba: «Office Hours: 10 to 18 pm».

Atravesó un pasillo. Al fondo había otra puerta tapizada de piel, sobre la cual se había encendido una lucecita color ámbar.

El silencio helaba la sangre.

Parecía como si después de atravesar aquella especie de museo de los horrores, uno acabase de poner los pies en una tumba.

Ringo pasó bajo la lucecita color ámbar y penetró en un despacho casi totalmente oscuro, donde sonaba la misma levísima música de fondo que en la sala exterior. Una luz indirecta alumbraba vagamente los relieves de un hombre vestido de negro que estaba sentado tras la mesa. Aquel hombre no tenía cara, o mejor dicho la llevaba completamente tapada por una máscara negra que la cubría enteramente. El efecto que producía resultaba difícil de olvidar incluso para un hombre como Ringo, de tan siniestro. Y aquella maldita musiquilla de fondo no hacía más que

entenebrece el ambiente.

Pero, sin embargo, los ojos de Ringo no miraron con inquietud aquel rostro, sino las manos enguantadas. Las manos por entre las que se paseaban, gordas y repugnantes, media docena de arañas de colores diversos, más repelentes cuanto más chillones.

La voz, detrás de la máscara, pareció surgir del interior de una tumba.

—¿Qué te sucede, Ringo? ¿Estás nervioso?

—¿Por qué no puedo verle la cara? ¿Qué infiernos hay debajo de esa máscara?

Una risita silenciosa le hizo estremecer.

—¿Es eso de verdad lo que te importa, Ringo?

—Pues... sí.

—No, amigo mío, no... Lo que haya debajo de mi máscara no es lo que más te afecta. A ti te preocupan las arañas. Te ponen nervioso...

Ringo pareció escupir las palabras.

—Es que son repugnantes...

—Te equivocas, amigo, te equivocas... Ese es un prejuicio que tenéis los hombres poco inteligentes. Las arañas no tienen ninguna culpa de ser así: peludas, viscosas o con las patas deformes... Tampoco yo tengo la culpa de lo que hay debajo de mi máscara. Pero en cambio tenemos algo que nos eleva sobre el resto de los mortales. Tenemos inteligencia... ¿Te has fijado en la magnífica precisión con que las arañas elijen el sitio para tender su tela, midiendo la dirección y fuerza del viento con más precisión que un lobo de mar? ¿No te has dado cuenta de que adivinan los cambios de tiempo antes que los meteorólogos? ¿Y qué decir de la perfección con que capturan a sus presas? ¿Acaso no has visto con que paciencia, con qué sabia astucia esperan a que estén bien prendidas en la red?

—¡Calle! ¡Calle, por todos los infiernos! ¡Todo eso me da asco!

—Me extraña que digas eso, Ringo. Tú también eres como las arañas. Tú también matas con astucia.

—Pero no llevo veneno...

La risita silenciosa se volvió a oír.

—Estas tampoco. Todas son especies cuya picadura resulta mortal, pero he retirado el veneno de sus glándulas. Obedecen cada

gesto de mis manos y van y vienen por donde yo les ordeno. Nunca se desbandan. ¿Y tú? ¿Acaso te has desmandado tú, Ringo?

—No. Las órdenes han sido cumplidas. Y Rosso espera nuevas instrucciones.

—¿Ha muerto Pnom Thieu?

—En efecto. Pero hemos tenido un tropiezo con un federal.

—¿Otro?

—Posiblemente quiera vengar al que Rosso hizo arrojar al río Harlem.

Hubo un breve silencio.

Fue imposible saber si aquel hombre sin rostro acogía o no con inquietud la noticia.

Al fin su voz chirriante se volvió a oír.

—Mañana saldremos de dudas —dijo—. Mañana sabremos si la conferencia se suspende o no. En caso de que se suspenda, vuestro trabajo habrá terminado y tendréis el premio que os prometí.

—¿Y si no se suspende?

—Hará falta una nueva víctima, pero esta vez de más categoría. Hará falta que muera el delegado chino.

Ringo sonrió.

—Es una mujer. Una mujer bonita.

—Y tú odias a las mujeres bonitas, Ringo.

—Con toda mi alma...

La risita volvió a sonar, esta vez burlonamente.

—¿Es que tú tienes alma, Ringo?

Ringo lanzó también una risita seca.

—Para destrozar a una mujer no hace falta...

—Celebro que digas eso, porque creo sinceramente que la conferencia aún tiene posibilidades de celebrarse. Pero quedará anulada automáticamente en cuanto muera el delegado del Gobierno de Pekín. Y ahora vete. Recibirás mis noticias como de costumbre. Vete de aquí porque estorbas a mis arañas ¿No notas su inquietud? Y ellas son tan delicadas tan finas...

Ringo torció el gesto, porque con gusto las hubiera aplastado a todas.

Pero volvió la espalda y se alejó lentamente.

CAPITULO IV

La conferencia del Sudeste Asiático había comenzado en United Nations Plaza. Entre unas medidas de seguridad difícilmente superables, rodeados por todas partes de policías uniformados y de agentes especiales del FBI, escogidos por su rapidez y su puntería, los delegados fueron ocupando sus puestos.

Eran ocho en total. Y debieron haber sido nueve.

Tucson fue mirándolos con sus ojos acerados mientras inconscientemente su mano derecha acariciaba el revólver reglamentario.

Estaban allí los delegados de la Union India, Birmania, Laos, Vietnam del Sur, Australia, Indonesia, China nacionalista y china roja. Total: ocho. Faltaba el delegado de Camboya, Pnom Thieu, muerto la noche anterior en el hotel Sheraton.

El clima de expectación era inusitado.

Pero ni siquiera a los corresponsales de las grandes agencias internacionales les había sido permitida la entrada. Ni un periodista. Ni un solo fotógrafo.

Tucson se daba cuenta de lo que todo aquello podía significar.

No sólo tenía que vengar a Rawlins. También debía evitar el que sucediera algo que podía ser fatal para la paz del mundo.

Todos los delegados se habían saludado menos dos: el de China nacionalista y el de China roja, que habían sido colocados a propósito en lados opuestos de la mesa.

La muchacha a la que él conoció la noche anterior llevaba un vestido muy parecido al de la víspera, y que para las concepciones occidentales podía resultar muy atrevido, pero no así para la moral tradicional de su país. Las aberturas de la falda dejaban ver unas piernas que por fuerza habían de marear a los demás delegados, por viejos y fríos que estos fuesen. La enviada de Pekín no parecía una diplomática, sino una modelo. Una modelo de campeonato.

Fue el delegado de la Union India, como país que había intervenido en los acuerdos de Ginebra de 1954 para normalizar la situación en el Sudeste de Asia, el que tomó la palabra para declarar

abierta la conferencia.

Con voz pausada y lenta dijo en idioma punjabí que todos lamentaban muy vivamente la muerte del delegado de Camboya, la cual había sucedido por motivos puramente particulares y que nada tenían que ver con la conferencia. Añadió que los acuerdos —si se tomaban— serían válidos de todos modos, pues ya se había recibido una comunicación telegráfica del Gobierno camboyano aceptando lo que la mayoría decidiese. Y que, por tanto, declaraba abierta la conferencia, concediendo la palabra en primer lugar, como representante del país directamente afectado, al delegado de Indonesia.

El breve discurso fue retransmitido simultáneamente, en su versión a distintos idiomas, por medio de los auriculares que todos los representantes llevaban puestos. También los hombres del FBI, situados en lugar aparte, disponían de aquellos auriculares. Su obligación era conocer palabra por palabra todo lo que se dijera, por si alguna frase podía ayudar a las investigaciones o indicaba un peligro para cualquiera de los delegados de la conferencia.

Una figura alta y cuadrada se situó entonces junto a él.

Tucson se retiró entonces los auriculares al reconocer la mirada helada de Fineman, su jefe inmediato.

Fineman susurró:

—¿Ha oído? Dice que la muerte de Pnom Thieu se debe a motivos particulares.

—¿Y qué puede decir? Es una hipocresía diplomática como cualquier otra. No puede afirmar que lo han matado para que la conferencia se fuese al diablo. El delegado de la Unión India representa a un país neutralista cien por cien y tratará de salvar la situación como pueda para que los esfuerzos de paz no se malogren. Por cierto, ¿se descubrió algo en el Sheraton, jefe?

—Nada. No pudimos hacer ninguna detención, aunque aún estamos interrogando a la gente. Pero usted mató a uno de los guardaespaldas de la delegada china. ¿Cómo es que ella no ha protestado?

—Nos hemos hecho amigos —dijo sombríamente Tucson.

—¿A-mi-gos?

—En el buen sentido, claro.

—Afortunadamente.

—No, no —corrigió Tucson—. Desgraciadamente.

Los ojos de Fineman brillaron al mirar, por debajo de la mesa, a distancia, las esculturales piernas de aquella mujer. Ni en una revista de primerísima categoría era posible ver vedettes como aquella.

—Y pensar que Pekín ha enviado eso —farfulló Fineman.

—Hombre... No le extrañe tanto. Entre setecientos cincuenta millones de chinos han podido encontrar una mujer que fuese lista y además guapa.

—Yo preferiría un tío con barba de chivo.

—Según y cómo, yo también.

—Bueno, no pierda el tiempo —recapituló Fineman—. Esté atento a todo lo que suceda, incluso a lo más insignificante. Su principal misión es cazar a Rosso, pero hemos de suponer que Rosso aparecerá por aquí. De modo que... ¡ojo!

—Ojo —musitó Tucson, como un eco.

—Y no se deje ganar por la comodidad del ambiente. No deje que sus músculos ni su atención se relajen ni un momento. Aquí se está demasiado bien, con el aire acondicionado. Funciona maravillosamente.

Tucson dijo sin darse cuenta:

—Sí...

¿Pero por qué había sentido aquel extraño estremecimiento? ¿Por qué aquel pensamiento venenoso había penetrado en su cráneo?

—¿Qué le pasa? —preguntó Fineman.

—Nada, señor.

—Tiene una cara muy especial... Bueno, vigile.

Fineman dio media vuelta, y entonces Tucson sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Porque la sensación de la muerte —una muerte terrible e irremediable, que alcanzaría a todos los que estaban allí —se apoderó de él.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

* * *

Horas antes, Ringo se había despertado en una de las más

lujosas habitaciones del hotel Manhattan. Se había despertado de repente, con una náusea, sintiendo que le dolían todos sus nervios.

Cuando vio aquella araña peluda, monstruosa, paseándose por el dorso de su antebrazo derecho, tuvo que apretar los labios desesperadamente para no lanzar un alarido.

Era aquel contacto repugnante lo que le había despertado. Aquel cosquilleo atroz.

Las patas peludas resbalaban sobre su piel y parecían penetrar en ella como agujas envenenadas.

Con la mano izquierda lanzó bruscamente la araña al centro de la habitación.

Sabía de sobra que la araña, aunque venenosa, no llevaba ponzoña en las glándulas, porque de lo contrario le hubiese liquidado ya. Pero aún así sintió otra vez aquel estremecimiento de horror.

Se calzó unas zapatillas y la aplastó furiosamente contra las baldosas.

Luego respiró agitadamente. No podía soportar las arañas; eran lo que más asco le daba en el mundo, más incluso que las serpientes. Y le costaba aceptar aquella forma de dar mensajes que tenía el hombre para el cual trabajaba ahora Rosso, su jefe.

De entre los restos de la araña extrajo, con visible repugnancia, una pequeña laminilla de plástico que había estado oculta bajo los élitros del bicho.

La lavó, tomó una lupa de gran aumento y pudo leer las siguientes palabras:

«Reunión se celebrará. Planes cambiados.
Eliminación total. Minutemen.»

Nada más.

Pero para Ringo aquello era bastante. Resultaban especialmente deliciosas las palabras: «Eliminación total».

Y «Minutemen». Muy ingenioso.

Ringo estuvo a punto de lanzar una salvaje carcajada.

* * *

Cuando aquel pensamiento atroz pasó por la mente de Tucson Bill, éste no perdió ni un solo segundo.

Decidió actuar.

Era todo tan terrible que no podía exponerse a que aquello sucediera. Su propia vida estaba en peligro.

Dejó los auriculares sobre la repisa, salió de la sala y se dirigió a los inmensos sótanos del aún más inmenso edificio.

Había guardias en todas partes. Hombres que vigilaban discretamente todos los rincones.

Pero la credencial de Tucson le fue franqueando los diversos pasos. Le dio facilidades hasta llegar a la nave subterránea donde nacían los dispositivos del aire acondicionado.

Y allí todo cambió.

Cambió, especialmente, cuando aquella enloquecedora ráfaga de metralleta vino en busca de su cuerpo.

CAPITULO V

Al principio nada extraño había sucedido.

Tucson vio las grandes calderas con quemadores a gas para calentar aire durante el invierno. Vio los enormes refrigeradores que impulsaban, en los días calurosos, un aire químicamente puro, de temperatura y humedad perfectamente controladas. Vio, sobre todo, aquel ambiente de soledad que en seguida hizo que sus sentidos se pusieran alerta.

Al cuidado de una organización tan perfecta y costosa como aquella debía haber varios empleados. ¿Dónde estaban?

Tucson lo oteó todo desde lo alto de las escalerillas metálicas, en cuya cima se encontraba.

Estuvo a punto de bajarlas normalmente, pero de pronto cambió de opinión.

Dio un fantástico salto, desde lo alto de las escaleras hasta el suelo.

Fue aquella intuición lo que le salvó la vida. Aquel sexto sentido gracias al cual aún conservaba la piel.

La ráfaga aulló en el sótano. Las balas picotearon los peldaños, mordiendo rabiosamente en el lugar donde muy pocos segundos antes aún se encontraba su cuerpo.

Tucson vio que le disparaban desde detrás de una de las calderas.

Pero no era un solo hombre. Había otro apostado un poco más allá, y también con una metralleta.

Tucson flexionó las piernas para caer bien y acto seguido se lanzó de bruces al suelo. Todo ello en fracciones de segundo.

Unas décimas más bastaron para que volara materialmente a ras de las baldosas.

Su cuerpo desapareció tras otra de las monumentales calderas en el instante en que las dos metralletas convergían hacia allí.

Las balas arañaron el metal, resbalaron en él y fueron a dejar lo que parecía una mancha leprosa en una de las paredes.

Tucson desenfundó su revólver.

Los dos emboscados se habían puesto en movimiento. Pero, al parecer, sólo uno de ellos iba a ocuparse de Tucson.

El otro tenía algo más importante que hacer, y el federal adivinó lo que era.

Supo exactamente hacia dónde se dirigía su enemigo. Fue como si hubiese visto ya en una bola de cristal lo que iba a suceder. Naturalmente, su enemigo ignoraba que Tucson conocía ya la dirección que él iba a seguir.

Llevaba una bolsa de goma de considerable tamaño, y trató de colocarla en una de las bocas por donde se tomaba el aire para hacerlo pasar por los refrigeradores.

Tucson, que estaba seguro de que aquello iba a suceder, levantó el revólver sin abandonar su refugio.

Hizo fuego.

Su enemigo lanzó un grito de sorpresa al ser alcanzado entre dos costillas, y se derrumbó estrepitosamente cuando la bala, apenas un segundo más tarde, penetró en su corazón.

El otro disparó una loca ráfaga.

Tucson entornó los párpados. «Cuidado con ese tipo», pensó. Su enemigo estaba muy nervioso, pero a aquella distancia la metralleta resultaba terriblemente mortífera. Si cometía un solo descuido, no iba a quedarle tiempo para lamentarlo.

Arrojó su encendedor al lado derecho de la caldera que le servía de protección, como si se moviese hacia aquel lado. Pero lo que hizo fue lanzarse hacia el izquierdo.

El nerviosismo de su enemigo hizo el resto. A veces es un inconveniente tener reflejos demasiado rápidos. Apenas el encendedor había chocado contra el suelo cuando ya una ráfaga lo había convertido en partículas insignificantes.

El de la metralleta había tenido que descubrirse, aunque fuera sólo momentáneamente, para hacer aquello.

Y se cubrió en seguida al darse cuenta de su error. Pero ya Tucson había aparecido por el otro lado de la caldera. Apretó el gatillo, y la bala se llevó media cara de su enemigo.

Pero no lo mató. Tucson lo notó por la rapidez de movimientos del otro.

Aún estaba vivo y aún trataba de hacer algo. Trataba ni más ni menos que de jugar su última carta.

Tucson vio en el suelo la gran bolsa de goma. Se dio cuenta de que su enemigo iba a tirar contra ella, convirtiéndola en una criba por cuyos agujeros saliese el gas que contenía en su interior.

Gas venenoso. Gas que sería distribuido por el sistema de aire acondicionado y que mataría no sólo a todos los delegados de la conferencia del Sudeste Asiático, sino a docenas de personas que estuviesen en lugares de la ONU donde el aire acondicionado constituyese la única ventilación, donde no hubiera ventanas al exterior.

Eso significaba que el herido también moriría, pero Tucson le acompañaría en el último viaje.

No tendría tiempo de ganar la puerta, de subir las empinadas escaleras metálicas sin aspirar el gas mortífero.

Por eso Tucson hizo algo desesperado. Se descubrió completamente, jugándose la vida para poder conservar la vida. ¡Saltó!

La ráfaga le buscó mientras volaba por los aires. Pero su enemigo, con sólo un ojo y con la mitad de la cara destruida, no podía precisar el tiro.

Las balas mordieron ávidamente una de las paredes. Luego volvieron a buscar su primitivo objetivo: la bolsa de goma.

Pero ya Tucson le había dado un terrible puntapié, enviándola al otro lado de la enorme habitación. La bolsa de goma era dura y compacta como un balón de fútbol. Sin duda el gas la ocupaba en estado líquido, lo cual significaba que podía desprenderse una enorme cantidad de él. Y seguramente la goma llevaba una armadura de acero para poder soportar la tremenda presión interior.

A continuación Clive volvió a volar por los aires. Las balas de la metralleta volvieron a aullar en el sótano, buscándole. Cayó casi enfrente de su enemigo.

Vio por un instante la cara sangrante de éste, o mejor, lo que quedaba de su cara.

Los dos cañones, el de la metralleta y el del revólver, giraron al mismo tiempo. Pero el del revólver, debido a su menor longitud, necesitó un segundo menos para ponerse en línea de tiro.

Tucson envió la bala a la cara de su enemigo. Este no pudo ni lanzar un aullido.

Cayó de bruces. El cuerpo parecía terminarle en los hombros.

Tucson corrió hacia él, para registrarlo. De pronto se detuvo bruscamente. Su fulminante rapidez fue lo que le salvó de nuevo.

En lo alto de la escalerilla acababan de aparecer dos hombres. Uno de ellos llevaba una cartera de mano, negra, dentro de la cual había metido todo un brazo. El otro llevaba una pistola automática que a aquella distancia le pareció a Tucson una «Browning».

Pero le preocupó más el de la cartera, porque dentro de ésta había, sin duda, una metralleta de cañón corto, sin culata.

Tucson disparó desde abajo dos veces, velozmente, doblando al de la cartera por la mitad del cuerpo.

De pronto el recipiente de cuerpo pareció estallar. Toda una letanía de balas partió ruidosamente de su interior, agujereándolo y partiéndolo en pedazos.

El otro enemigo, el de la «Browning», no se arriesgó a jugarse la vida a una sola carta, a ver cuál de los dos era más veloz tirando. Lo que hizo fue volver la espalda y huir velozmente, ganando la puerta, mientras su compañero caía estrepitosamente escaleras abajo.

Tucson disparó de nuevo, pero casualmente fue un muerto el que salvó a un vivo. Porque el nuevo proyectil de Tucson se empotró en el cuerpo del que caía, en una de las especulares volteretas de éste, durante la cual cubrió por pura casualidad a su compañero. Este logró abrir la puerta y huir.

Tucson le siguió.

Ya habría tiempo de registrar a los muertos. Lo que ahora le interesaba era capturar vivo a uno al menos de aquellos granujas.

Salió a un segundo sótano donde había una enorme cantidad de cajas de madera conteniendo material diverso. Era un buen lugar para que su enemigo le aguardase y le cazara, pero el otro estaba demasiado asustado para reflexionar. Lo único que hizo fue dirigirse a uno de los ascensores que allí tenían su principio de línea.

Tucson tomó, unos segundos después, el ascensor contiguo. Marcó el último piso. En todo caso, si veía el otro ascensor pararse, ya pulsaría el botón rojo que inmovilizaba la caja.

Los dos ascensores subieron casi juntos. Tucson notaba, por el zumbido, que el otro estaba funcionando.

Su enemigo debió notarlo también. Y debió calcular con

sorprendente precisión que iban casi emparejados. La cabeza de Tucson, en el ascensor contiguo, debía hallarse más o menos a la altura de las rodillas del fugitivo.

Este tocó la delgada pared lateral de acero. Sonrió.

Su pistola trazó una mortífera línea de impactos a la altura calculada, y las balas atravesaron no sólo la pared de acero del ascensor, sino la del ascensor contiguo.

Fue como si un huracán de muerte entrara en la caja metálica en que se hallaba Tucson. Como si el ascensor se hubiera convertido en un ataúd.

Lo único malo que ocurrió para el tirador fue que Tucson había previsto aquel peligro. Y lo había previsto porque a él precisamente, un segundo antes, se le acababa de ocurrir la misma idea: Calcular la distancia en aquella extraña carrera de ascensores y balearle a través de las paredes.

Por eso, previendo que lo que piensa uno también puede pensarlo otro, se había acucillado en el suelo del ascensor. Las balas pasaron a bastante altura por encima de su cabeza.

Su enemigo lanzó una maldición.

Tenía un oído educadísimo, un auténtico oído de director de orquesta. Por el ruido de las balas calculó que cada una de ellas no había atravesado dos paredes de acero, sino tres.

Es decir, todas habían salido por el otro lado del ascensor del federal. Y ninguna de ellas había quedado alojada en su cabeza.

El pistolero cambió velozmente el cargador de su arma, mientras seguía escuchando.

Los dos ascensores seguían su marcha, o sea que el otro no se había detenido.

Al pistolero aún le quedaba una buena oportunidad. Era un hombre hábil y la aprovechó.

Bruscamente oprimió el botón rojo. El ascensor se detuvo al instante. Era fácil comprender que su enemigo tardaría unos segundos en darse cuenta de lo ocurrido, unos segundos mortales hasta que apretara también el botón rojo.

Mortales porque mientras el ascensor del pistolero estaba inmóvil, el otro pasaría al lado como una pantalla que sirviera para el tiro al blanco.

La «Browning» crepitó rabiosamente otra vez, guiándose por el

ruido y convirtiendo en un colador la pared, lo cual indicaba que también convertía en un colador la pared del ascensor que pasaba al lado.

Bruscamente aquel hombre sintió como si hubiera enloquecido. Como si una muerte aulladora entrara en la caja metálica donde él se encontraba encerrado.

Sencillamente, Tucson había notado que el otro ascensor se paraba. Y había comprendido que no tendría tiempo de apretar el botón rojo antes de que sucediera lo inevitable.

Por eso se había pegado materialmente al suelo. Y por eso disparó rabiosamente contra la pared, haciendo lo mismo que su enemigo iba a hacer.

Ninguna bala alcanzó a Tucson porque éste había logrado que su cuerpo no levantara ni cinco pulgadas del suelo. Se salvó por cálculo. En cambio su enemigo se salvó por pura casualidad, ya que si ninguna bala dio con él fue por cuestión de décimas de pulgada. De todos modos, por poco se le paraliza el corazón al sentir la muerte tan cerca.

Volvió a oprimir mecánicamente el último botón del tablero. Ya no podía volver abajo. La alarma habría sido dada en todos los rincones del inmenso edificio, y en especial en las salidas.

Pero ahora su enemigo iba a llegar primero. Le esperaba.

Aquel era un peligro gravísimo para el fugitivo, peligro que, de todos modos, pronto desapareció, porque Tucson, creyendo adivinar que su adversario iba a salir del ascensor, oprimió el botón rojo.

Notó entonces que la otra caja subía. Nuevamente el fugitivo le llevó ventaja.

Diez segundos. Quince tal vez.

Un tiempo decisivo cuando ambos salieron a la enorme terraza superior, desde la cual se tenía, según la perspectiva, una espantosa sensación de vértigo.

A un lado el Hudson, en la parte llamada East Side, la más elegante de Nueva York, y al otro United Nations Plaza con la Primera Avenida. Más allá, emergiendo de la bruma como dedos gigantescos, el Rockefeller, el Chrysler, el Pan-Am, el Empire State Building... Y la gran cuchillada de la cercana calle Cuarenta y Dos, que recorre de izquierda a derecha, y en su mayor extensión, la isla de Manhattan.

Pero Tucson no tenía tiempo para mirar todo aquello. Sólo tenía tiempo para tratar de salvar su piel.

Las balas hubieran cosido a Tucson si éste llega a salir normalmente, es decir abriendo la puerta y poniendo un pie delante del otro, como se hace para andar o para correr. Pero lo que hizo Tucson fue salir volando. Su cuerpo rompió bruscamente el cristal y salió dando una vuelta de campana por los aires.

El plomo silueteó su figura. El de la «Brownin» respiró de forma jadeante al notar que no le había alcanzado. Sujetó el arma con las dos manos para tratar de apuntar mejor.

Tucson había quedado hecho un ovillo en el suelo, a unos ocho pasos de su enemigo. Pero sabía caer y sabía, sobre todo, tener siempre el revólver en línea de tiro. Una sola bala fue bastante para el de la «Browning».

Pero Tucson no había tirado a matar. Quería cazar vivo a aquel tipo.

Le perforó la cadera, creyendo que habría bastante para inmovilizarlo. Pero el otro aún intentó huir. El maldito tenía una resistencia endiablada. Caminó cómicamente unos pasos y de pronto le falló la pierna en el lado de la herida.

Estaba junto a la barandilla.

Tucson gritaba en aquellos momentos:

—¡No huyas! ¡Te prometo que...!

Un alarido largo, lento, ululante, rasgó el aire. Desde lo alto del enorme edificio de la ONU, el pistolero acababa de caer al vacío. Su cuerpo se deslizó al pie de las banderas de todos los países que forman parte del organismo internacional, y que se alinean en larga procesión a la derecha de la entrada. Se oyeron gritos por todas partes mientras Tucson Bill, arriba, como un puntito perdido en el espacio, lanzaba una imprecación.

No había cazado a nadie con vida. Estaba como antes. Había evitado un atentado y quién sabe si una guerra, pero el peligro latente seguía siendo el mismo. No había averiguado una sola palabra acerca de las misteriosas manos que movían aquella red.

Guardó la pistola. Su rostro reflejaba cansancio, después del terrible momento de nerviosismo que le había tocado vivir.

En aquel momento apareció Fineman por la puerta de otro de los ascensores. El rostro de Fineman estaba desencajado. Avanzó

hacia el joven.

—¡Pero Tucson! —bramó—. ¿Qué infiernos le ocurría? ¡Por un momento he tenido la sensación de que se había vuelto loco! ¡Me ha dejado en la sala de conferencias como si yo fuese un apestado y se ha largado corriendo!

—Era necesario, señor.

—¿Por qué?

—¿Ha visto los muertos en el sótano?

—Vengo de allí.

—¿Y qué?

—Los he registrado muy rápidamente —dijo Fineman con gesto desabrido—. Llevaban sus documentos encima, pero son unos documentos que no significan nada. Esos tipos eran profesionales que lo mismo se encuentran en la Mafia que en el Sindicato del Crimen o en el espionaje de acción. Gentuza alquilada que vive de su gatillo. ¿Qué era lo que pretendían?

—¿Han encontrado una bolsa de goma junto a los sistemas de aire acondicionado?

—No.

—Pues ordene que en seguida se hagan cargo de ella. Representa un peligro de muerte para todos los que se encuentran en el interior.

—¿Acaso...?

—Sí —dijo Tucson significativamente.

Fineman se puso en movimiento al instante. Por otro ascensor llegaban dos agentes del FBI, con las armas a punto. Les dio unas instrucciones rápidas y regresaron a toda velocidad por donde habían venido.

Luego se volvió hacia Tucson.

—¿Cómo llegó a adivinarlo? —preguntó.

—Fue al mencionar usted lo del aire acondicionado. Entonces recordé a los «minutemen», aquellos locos ultraderechistas que querían matar a todos los delegados de las Naciones Unidas haciendo filtrar un gas venenoso en el sistema de ventilación y que luego fueron detenidos. De repente he pensado que nuestros enemigos, sean quienes sean, podían haber aprovechado la idea. Y he bajado a los sótanos con toda rapidez; un par de minutos después ya no hubiese llegado a tiempo.

—Los «minutemen»... (1) —dijo pensativamente Fineman.

Y luego añadió:

—Por esta vez han fracasado, pero lo intentarán de nuevo. Vamos a revisar bien todo aquello, Tucson. Es necesario estar cuanto antes abajo otra vez.

—Sí —musitó Tucson—, lo intentarán de nuevo. Y quizá esta vez yo no tenga ninguna idea...

CAPITULO VI

Ringo tenía las facciones más blancas aquella noche. Se movía de un modo más sinuoso, más afeminado aún. Todo aquello indicaba —para los que le conocían bien— que se sentía muy nervioso.

Claro que sus movimientos ondulantes no sólo eran debidos a su desdichado defecto glandular. También obedecía a que siempre llevaba las manos en los bolsillos. Jamás sacaba, sobre todo, la mano derecha. Y un hombre que no puede jugar normalmente los brazos, siempre mueve las caderas más de lo necesario.

Entró en el local de la exposición, donde se exhibían las antigüedades. Y esta vez fingió interesarse por una armadura del siglo XVI que, según el folleto, había pertenecido a un caballero del rey Carlos I de España.

Como la otra vez, fue acompañado a lo largo del pasillo. Y como la otra vez también, vio encenderse sobre la puerta forrada de piel la lucecita ambarina.

Entró.

Las manos enguantadas jugueteaban con las arañas. A Ringo le parecieron más grandes y asquerosas que nunca.

La máscara se alzó. A través de las dos únicas rendijas que había en ella, le miraron dos ojillos diabólicamente fijos.

—Esta mañana he hecho que te pasaran una araña por debajo de tu puerta —musitó el misterioso personaje.

—Sí. Y he recibido la orden.

—Tendré que hacer que, otra vez, la araña conserve el veneno en sus glándulas —dijo la voz bajo la máscara—. Quizá entonces no te diviertas tanto.

Ringo se estremeció mirando los insectos peludos que se paseaban por encima de las manos enguantadas del otro.

—Yo no fracasé —susurró—. Yo lo preparé todo, pero no intervine en la operación.

—Fue una suerte para ti, ¿no?

—¿Por qué dice eso?

—Por la sencilla razón de que todos murieron.

—Repito que no tengo la culpa...

—No, claro. Tú no.

De pronto la voz que sonaba silbante bajó la máscara, añadió:

—¿Dónde está Rosso?

—Él no puede exhibirse —dijo Ringo—. Tiene que estar oculto porque sabe que le buscan. Soy yo quien recibe órdenes y las pone en práctica.

—Muy bien, pues vas a decirle algo a Rosso, se oculte donde se oculte. Dile que no admito otro fracaso. Que lo que se juega aquí es demasiado importante para permitir un fallo. Si esta vez es incapaz de cumplir mis órdenes, lo pagará con la piel. Y con la piel de alguno de sus subordinados...

Ringo se estremeció otra vez.

Su cara redonda, blanca, fofa, era como una máscara mitad infantil mitad corrompida. Inspiraba repugnancia.

—¿Qué debemos hacer ahora? —masculló.

—El golpe en las Naciones Unidas se me había ocurrido al recordar lo de los «minutemen» —dijo la voz, mientras los dedos acariciaban el lomo de una araña—. La Prensa lo publicó hace unos meses, y reconozco que mis instrucciones han sido bien interpretadas. Pero un solo hombre las ha hecho fallar... Muy bien, ese hombre tiene que morir. Y ha de ser liquidada también la delegada china.

—Volvemos al plan primitivo, ¿no?

—En efecto. No será tan espectacular como la muerte de toda la delegación en bloque en las propias salas de la ONU, pero los resultados serán los mismos. Y no creo que nos arriesguemos tanto al liquidarlos a los dos de un solo tiro.

—¿De un solo tiro?

—¿Es que acaso no te has dado cuenta de que parece unirles una buena amistad? —susurró lentamente la voz—. Hay grandes posibilidades de que los encuentres juntos y sin darse cuenta de lo que ocurre a dos pasos de distancia...

* * *

La muchacha se estaba cambiando de vestido cuando Tucson

entró en la habitación, al oír el «adelante» con que ella le había autorizado desde dentro. Ni un gesto, ni una mueca denotaron la menor alteración en la hermosa escultura amarilla, que siguió cambiándose como si tal cosa. Tucson necesitó apoyarse en la puerta, que acababa de cerrar, mientras sus labios temblaban.

El vestido, una vez ajustado, se ceñía como una segunda piel al cuerpo de aquella especie de loba asiática. La escultura se hacía así más inquietante, más peligrosa. Tucson pensó que valía la pena incluso ir a China para tropezarse con una mujercita así.

Y si encima no había que moverse, porque era ella la que venía a los Estados Unidos...

—Creo que he de darte las gracias —dijo la mujer lentamente—. He leído toda la información. La que publican los periódicos y la otra, la confidencial, que ha sido repartida a todos los delegados. De no ser por ti, aquello habría sido una carnicería. Más o menos como en las cámaras de gas de Auschwitz.

—Aproximadamente.

—¿Cómo lo supiste?

—Cosas que se le ocurren a uno. Pero ya no me volverán a ocurrir nunca más.

—¿Por qué?

—Porque de ahora en adelante ya no pensaré en otra cosa que en tus curvas.

—Los occidentales sois unos corrompidos —dijo secamente ella.

—No hay nada de malo en admirar la belleza. Lo mismo en una escultura que en... en una mujer.

—No es lo mismo.

—No, claro que no. Si en el Museo de Arte Moderno de Nueva York hubiera mujeres como tú en vez de esculturas, las entradas se venderían a veinte dólares y aún habría que esperar turno.

Ella se ajustó con tranquilidad, sin importarle la hechicera visión, los pliegues de su falda.

—Yo me eduqué en una escuela colectiva —dijo—. Gimnasia conjunta, baños conjuntos, adiestramiento conjunto. Sólo dormitorios separados. Pero todos obrábamos con naturalidad, como compañeros, y nunca se nos ocurrió un mal pensamiento.

—Es que los chinos habéis perdido la imaginación.

—Y vosotros la vergüenza.

Tucson hizo un gesto con ambas manos, como queriendo disculparse.

—¿Vas a abroncarme?

—No, no tengo derecho a ello, puesto que además estoy en deuda contigo. Pero, por cierto... —su voz se suavizó—. Ni siquiera sabes cómo me llamo.

—Ya me he preocupado de eso —murmuró Tucson—. Lo primero que hice fue leer el acta de la asamblea. Representante oficial de la China roja: Señorita Patricia Weng.

—Patricia es el nombre oficial que he pedido se me aplicara para mayor facilidad en las conversaciones. En realidad, la traducción de mi nombre oriental corresponde casi exactamente a eso.

—Patricia Weng... —susurró él, como si acariciara las dos breves palabras.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué?

—Has pronunciado mi nombre de un modo muy raro.

—¿En qué sentido?

—Parecía como si lo acariciaras...

—Esa es otra corrupción occidental —musitó él—. Quizá estabas acostumbrada a que tu nombre siempre fuese pronunciado a gritos.

—No... En la escuela diplomática me trataban con muchísimo respeto, pero también con indiferencia, como si no fuese una mujer. Siempre había vestido incluso pantalones hasta que me dijeron que debía prepararme para realizar misiones en el mundo occidental, y que nunca debía consentir que otra mujer fuese más educada o más selecta que yo. Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de que, además de una inteligencia, tenía también un sexo.

—Admirable descubrimiento... Pues ya ves: Yo me di cuenta en seguida.

—¡Qué tontería! Por cierto, ¿ya saben tus jefes que estás aquí?

—Por descontado. Y lo autorizan. Tú estás bajo la protección del gobierno de los Estados Unidos.

—¿Sabes que quizá seamos enemigos alguna vez? ¿Qué nuestros países podrían hallarse en guerra?

—Viéndote a ti, la verdad es que eso no se me hubiera ocurrido nunca.

—Pues yo lo he estado pensando desde que puse los pies en esta tierra.

El la amenazó con el dedo mientras reía.

—Cuidado, porque pensar en guerra es pensar en matrimonio. Pero lo que a mí más me interesa es saber lo que os enseñaban. De qué modo os preparaban para trabajar en Occidente.

—Pues... nos enseñaban a bailar, a sostener una conversación intrascendente, a entender de modas y de artículos de belleza, a beber con moderación y... y...

—¿Y a qué más?

Ella apretó los labios.

Pero lo dijo:

—Nos enseñaban también a besar.

—De modo que los besos formaban una asignatura.

—Sí.

—Supongo que... con prácticas.

—Con muchas prácticas.

Tucson sintió que se mareaba.

—Oye... ¿cuánto hay que pagar al año para ser profesor de esa escuela?

—Te equivocas. No eran los profesores quienes nos besaban. Nunca se hubieran atrevido, porque la moral era allí muy rígida. Hacíamos prácticas entre las mismas alumnas.

—Mal asunto.

—¿Por qué?

—Aprenderíais muy poco.

—¿Tú qué sabes?

—Lo que necesitas es un profesor occidental. Especializado y con diploma.

Ella cambió en seguida de conversación, lo que vino a indicar a Tucson que, en el fondo, todas las mujeres del mundo se parecen sospechosamente, sea cual sea el color de su piel.

—No vamos en seguida a Washington, como estaba proyectado —dijo velozmente Patricia Weng— Ayer no hubo acuerdo y tenemos que celebrar otra reunión preliminar en Nueva York.

—Bueno, pero ¿qué hay de esas clases?

—¿Qué clases?

—Las de perfeccionamiento. Una mujer no debe conformarse

nunca con lo que sabe.

Ella le entendía perfectamente, pero se hizo la ingenua. Y la ingenuidad sentaba estúpidamente bien a sus ojos rasgados, a sus labios gordezuelos y su tez sólo muy levemente amarilla.

—No necesito lecciones especiales —dijo—. Era una alumna destacada. Obtuve sobresaliente con mención especial.

—No lo creo.

—¿No?

Ella se acercó suavemente.

Sus ojos eran más rasgados, más enigmáticos que nunca. Sus labios más rojos, más tentadores, más inquietantes que nunca.

—¿De veras crees eso? —musitó.

Patricia Weng no necesitó encaramarse sobre las puntas de sus pies porque Patricia Weng era muy alta. Patricia Weng no necesitó dejar que él tomase la iniciativa porque Patricia Weng era una mujer muy decidida. Patricia Weng entreabrió los labios a tiempo porque Patricia Weng sabía cómo hay que hacer esas cosas.

«Tucson Bill» no pudo ni abrazarla porque necesitó ambas manos para apoyarse en una de las paredes.

Por fin, cuando ella dio por terminado el beso, el federal farfulló:

—Te... te creo.

—Celebro que hayas entrado en razón. Pero no te hagas ilusiones. Era tan sólo una demostración rigurosamente científica.

—De todos modos, tu técnica es imperfecta —se atrevió a decir Tucson.

—¿Es que quieres perfeccionarla?

—Creo que lo necesitas. En un plan puramente científico, claro. Deberíamos re... repetir.

—Antes debemos ponernos de acuerdo en muchas cosas. ¿Qué opinas tú del Vietnam?

—Que es un asco.

—¿Qué hacéis allí americanos?

—Por mí que se vuelvan a casa. Algunos de mis mejores amigos han sido achicharrados en la selva y aún no saben por qué.

—Veo que empezamos a estar de acuerdo. A ver ese perfeccionamiento técnico.

Tucson la tomó en sus brazos. El cuerpo de la muchacha, a pesar

de no estar delgadita, se plegaba como una caña de bambú.

—Mira, este es el estilo de Arizona —dijo—. El de mi tierra.

La besó hasta sentir que ella temblaba, hasta tener la sensación de que la locura penetraba en su sangre, antes indiferente.

Cuando la soltó, ella ya no estaba amarilla, sino roja.

—No besas co... como en la escuela —susurró.

—Pues eso no es nada. El estilo de Arizona resulta más bien flojo. Espera a que probemos el de Minnesota.

Lo probaron. Ahora ella alzó tímidamente los brazos y los enroscó al cuello del joven.

—¿Así?

—Así. Eres una alumna estupenda. Y ahora vamos a probar el estilo de Chicago. ¡Huy! El estilo de Chicago es de espanto.

La tomó de nuevo en sus brazos.

Y de pronto la hizo girar bruscamente, tan bruscamente que la muchacha lanzó un gemido y cayó de costado, sobre la cama.

El revólver parecía haber brotado de los dedos de Tucson. Disparó dos veces contra la puerta entornada del cuarto de baño.

El cañón del ametrallador que ya estaba asomando por allí giró bruscamente. Un silenciador especial hizo que los disparos sonasen como un ventilador mal ajustado. Las balas mordieron la alfombra e hicieron añicos varias baldosas. Inmediatamente, el cañón se retiró.

Dos nuevos disparos de Tucson atronaron la habitación. Patricia Weng, tumbada aún en la cama, con las piernas alzadas, miraba asombrada hacia aquella puerta, sin saber lo que ocurría.

Tucson pasó de un salto al cuarto de baño.

Este daba a una pequeña terraza. La puerta oscilaba porque alguien acababa de empujarla.

El federal salió también, aún exponiéndose a recibir de lleno la ráfaga. Pero confió en que su enemigo estaría tocado y sólo se preocuparía de huir.

Un rastro de sangre en la terraza le indicó que no se equivocaba. El fugitivo debía estar descolgándose hacia el piso inferior.

Tucson se asomó, pero lateralmente. Sabía a lo que se exponía si su cabeza aparecía por encima del lugar en que debía estar situado su enemigo.

Aún así estuvo a punto de pagarlo caro. El hombre del ametrallador se sostenía con la mano a una cornisa mientras aún

empuñaba su arma con la otra.

La desvió al ver aparecer a Tucson en el borde de la terraza. Su dedo se cerró sobre el gatillo.

Las balas casi rozaron la mandíbula del federal. Este tuvo que echarse hacia atrás violentamente, mientras lanzaba una imprecación.

Pero aunque el ametrallador estaba calculado para tener sólo un débil retroceso, éste fue bastante para que el pistolero, en difícil equilibrio, no pudiera soportarlo. Tuvo que soltar el arma para no caer él al abismo. El silbido del ametrallador al precipitarse al vacío desde aquella altura, resultó estremecedor.

Tucson se asomó otra vez. Notó que la posición de su enemigo, a pesar de disponer ahora de las dos manos, era más que precaria. Los dedos, sin duda sudorosos, le resbalaban. Iba a precipitarse al vacío de un momento a otro.

Tucson no podía alcanzarle con la mano, pero tal vez lograra hacerlo con los pies, si él ponía también en peligro su vida, colgándose de la fachada.

Lo hizo sin dudar. Sujetándose con ambas manos a la barandilla, dejó que su cuerpo se columpiara en el vacío.

Sus pies rozaban así las manos del otro.

—Sujétate a mis pies —murmuró Tucson—. Cuélgate de mí y yo trataré de subirte.

Su enemigo lo hizo.

Se colgó férreamente de sus tobillos como un náufrago que se sujeta a una tabla. Tucson, al notarlo, fue flexionando sus brazos para alzarle poco a poco. Al no poder jugar las piernas, y teniendo en cuenta que de él colgaba el peso muerto de un hombre, hacía falta una fuerza sobrehumana para conseguir aquello. Pero Tucson lo fue logrando poco a poco. Su rostro asomó por encima del borde de la barandilla. Jadeaba a causa del esfuerzo y tenía la sensación de que todo su cuerpo se rompía, pero iba a lograr salvarse y capturar a su enemigo vivo.

Este, sin embargo, no se resignó a perder. Pensó que aún tenía una posibilidad de huir si enviaba a su enemigo al abismo.

Sujetándose a los tobillos de Tucson con un brazo, alzó el otro y le golpeó dos veces en los riñones, furiosamente. Tucson, que estaba haciendo un terrible esfuerzo de cintura, porque tenía la sensación

de que su cuerpo iba a romperse de cintura, no pudo resistir el dolor. Con las facciones crispadas, duplicó sus esfuerzos, pero aún así sus manos empezaron a ceder.

—¡Maldito! —gritó—. ¡Sucio hijo de perra! ¡Vamos a matarnos los dos! En última instancia, quizá era eso lo que deseaba su enemigo.

Sus jefes no le perdonarían un fracaso.

Golpeó otra vez a Tucson, rabiosamente, y todo el cuerpo del joven se balanceó. Sus manos cedieron.

Fue entonces cuando apareció Patricia Weng. Sus dedos lograron aferrar los de Tucson en el último segundo, prestándole el apoyo precioso para que pudiera resistir un poco más. Y en aquel mismo momento la decoración cambió también en el piso inferior. Dos agentes del FBI de los que estaban de servicio en los vestuarios, alarmados por los disparos, aparecieron en la ventana. Dándose cuenta de lo que sucedía, tiraron de los pies del pistolero.

Este se resistió y todavía procuró caer con Tucson al abismo, pero su esfuerzo ya era inútil. Uno de los agentes le hizo, simplemente, cosquillas en la cintura, mientras otro le quitaba un zapato para hacérselas en la planta del pie. El pistolero soltó no menos de setecientas maldiciones en breves segundos, pero todo su cuerpo se contorsionó y no tuvo más remedio que soltarse.

Los federales lo sujetaron amorosamente con sus zarpas mientras caía.

—Muy bien, pequeño, Ahora ya estás en brazos de papá y mamá. Verás qué bien lo pasas.

Tucson, mientras tanto, al sentirse libre del peso que colgaba de él, tuvo la sensación de que ya podía volar solo.

En un instante estuvo al otro lado de la barandilla, en la terraza, pisando terreno firme.

Y viendo muy cerca las esculturales piernas de Patricia Weng.

—Diablos... —masculló—. ¡Esto es como volver a la vida!

—Me ha salvado la vida, señor profesor —murmuró ella—. Pero ha interrumpido la lección, y eso, en mi país, es una falta grave.

—Y aquí también, nena. Una falta como para que lo echen a uno. Vamos a continuar en seguida.

Pero en aquel momento un tipo con cara de chimpancé apareció en el umbral de la puerta de la terraza.

—¡Tucson! ¿Qué haces?

—¿Qué es lo que hago? Pues... nada...

—¡Tienes los ojos clavados en las piernas de esa chica! La estás mirando por aquí... por aquí... por aquí...

El de la cara de chimpancé se iba animando. Patricia Weng gritó de pronto:

—¡Basta! ¡Cuando necesite más lecciones las tomaré en China!

Otro federal apareció entonces en la terraza. Pero éste no se fijó en las piernas de la muchacha. Venía jadeante.

—Tucson... A ese tipo lo hemos podido capturar vivo.

—Menos mal... Era todo lo que deseaba. Llama a Fineman.

—En seguida.

Pasaron todos a la *suite* de Patricia Weng. El federal] sudoroso descolgó el teléfono e hizo una llamada. Instantes después colgó, tras un par de monosílabos.

—Dice que vendrán a recogerlo inmediatamente para que sea interrogado —informó a Tucson—. Además, Fineman viene hacia aquí.

—Perfecto. ¿Ya habéis registrado bien a ese hombre para que no pueda suicidarse?

—Es lo primero que hemos hecho. Desde los cordones de sus zapatos hasta el interior de sus dientes. No lleva nada con lo que pueda hacerse daño, ni siquiera un alfiler. Incluso le hemos arrancado los botones para evitar que pudiera tragar uno de ellos e intentar ahogarse.

—Bien. Y gracias, muchachos... Me habéis salvado la vida.

—No hay que mencionar eso, Tucson. En cambio, si el pájaro canta, sabremos quién mueve los hilos de toda esta tramoya.

Tucson miró a Patricia Weng.

—Creo que deberías descansar antes de ir a la próxima reunión —musitó—. Pondremos un guardián en la puerta y otro en la terraza. Nada volverá a suceder.

—Lo celebro, porque en la escuela diplomática olvidaron enseñarme una cosa.

—¿Cuál?

—Cómo retorcer el cuello a un hombre cuando la ataca a una.

—Eso te lo enseñaré yo, nena. Te atacaré y tú tratas de retorcerme el cuello. ¿Aceptado?

Ella sacó hábilmente por la abertura de su falda una de sus hermosas piernas y estuvo a punto de sacudir a Tucson, que hubo de huir a toda prisa.

Cuando salió al pasillo, vio que ya llegaba Fineman.

—Hola, Tucson. Le felicito.

—Si usted me conociera mejor, no me felicitaría, señor.

—¿Por qué?

Tucson pensaba, brusca y amargamente, en la muerte de Rawlins. El dolor fue tan intenso que tuvo que cerrar los ojos.

Fineman masculló:

—¿Qué le pasa?

—Nada, señor...

—Vamos ahí dentro.

Pasaron a la habitación que estaba alquilada por los agentes del FBI y donde éstos tenían montado una especie de cuerpo de guardia. No había nadie en aquel momento.

—Siéntese, Tucson —invitó Fineman—. No sé qué pensará usted de esto, pero creo que hemos dado un gran paso adelante.

—Creo lo mismo, señor. Y he reflexionado sobre el asunto.

—¿En qué sentido?

—Hemos de prever que ese hombre, al hablar, nos dé una pista falsa. Además, anoche, al pensar yo sobre todo esto, no sabía aún que íbamos a capturar a alguien. Por eso me dije: «¿Quién puede tener interés en que la conferencia no llegue a buen fin?»

—Posiblemente el mismo general Suharto, que es hoy el «hombre fuerte» de Indonesia. Cualquier decisión que se adopte para estabilizar el país y su zona de influencia, significará la adopción de medidas más democráticas que a él le perjudicarán.

—No creo que un gobernante reconocido, de la clase que sea, recurra a los medios miserables de que estamos siendo testigos —opinó Tucson—. Yo más bien me inclino a creer en que esto es obra de un particular. Un particular, eso sí, que tiene en sus manos los poderes de un pequeño virrey.

—¿Quién?

—Yo me inclino a pensar en Aben Chalam.

Fineman entornó un momento los párpados. Era un verdadero especialista en política oriental. Conocía a aquel hombre, al que sólo había visto una vez, tan íntimamente como si hubieran estado

almorzando juntos todos los días.

—Aben Chalam es el comerciante más rico de Indonesia — musitó.

—Ahora sí, aunque antes no lo fue. Antes era, simplemente, un político que jugaba la carta nacionalista. Pero, gracias a su influencia, se ha quedado con el monopolio del comercio chino. No sólo tiene una exclusiva de suministros al ejército, sino que realiza todos los transportes entre las cien islas que forman el país, valiéndose de su flota de reciente creación. Cualquier cambio político podría significar para él una catástrofe, mientras que el mantenimiento del actual estado de cosas les permitirá llegar a ser un auténtico rey. Ese mahometano, además, es ambicioso hasta extremos insospechados. ¿Sabe que ha venido a comprar pozos de petróleo a Estados Unidos?

—No, no sabía eso.

—Tiene una casa en Long Island. ¿Por qué no vamos a verle allí? Yo creo que podemos decirle unas cuantas cosas. Por ejemplo que su hombre ha cantado.

—¿Y si ese detenido no es «su hombre»?

—Probablemente no lo es. Y entonces habremos metido la pata hasta la ingle, pero es un riesgo que debemos correr.

Fineman hizo un gesto de decisión.

—Está bien. Vamos allá. Mientras tanto, el pájaro será interrogado y cantará.

—Ojalá.

Los dos hombres salieron. Tucson tenía las facciones contraídas, pensando nuevamente en Rawlins. Pero se decía que quizá esta vez se hallaba muy cerca del final. Y que Rawlins, les viese desde donde les viese, tal vez sonreiría.

CAPITULO VII

Llegar a Long Island no es una empresa demasiado complicada, sobre todo si uno cuenta con un buen coche. Hasta los problemas del tráfico se van aclarando al dejar atrás Manhattan. Se pueden conseguir excelentes velocidades, a según qué horas, en largas y anchas carreteras poco concurridas, ya que el amontonamiento de coches es, en Estados Unidos bastante inferior que en las estrechas carreteras de la mayor parte de los países de Europa.

Tucson, que conducía, había acelerado. Iban a llegar de un momento a otro a la lujosa mansión que ocupaba Aban Chalam.

De pronto Fineman masculló:

—Aquel camión...

Tucson dispuso de los segundos justos para hacer un violentísimo viraje, cuando el peso pesado se salió de su ruta y vino hacia ellos en línea recta.

Normalmente debió aplastarles.

Sólo los sentidos siempre alerta, sólo la finísima percepción de unos hombres que siempre vivían entre el peligro, logró salvarles esta vez.

Tucson viró en fracciones de segundo. Las llantas chirriaron lastimosamente sobre el asfalto. El camión hizo también un brusco viraje para cruzarse en su trayectoria y alcanzarles de lleno, pero sólo consiguió salirse estruendosamente de la ruta y romper parte de una valla protectora.

El camión no se despeñó, porque el terreno era relativamente liso, pero Tucson comprendió que el conductor, por muy hábil que fuese, ya no lograría salir de allí. Estaban salvados.

—¿Salvados?

De repente vio alzarse la parte trasera de la lona que cubría la caja del camión. Tucson recordó instantáneamente lo que había leído en algunos relatos: Los SS alemanes ocultaban así las ametralladoras para acribillar a los prisioneros de guerra sin que ni uno de ellos tuviera tiempo de escapar. Sus manos se crisparon sobre el volante.

—¡Cuidado!

Su viraje fue suicida. El coche patinó sobre dos ruedas mientras daba casi una vuelta completa. La ametralladora pesada que estaba montada en la caja del camión ladró sonoramente. Sus balas de calibre 9 mordieron el asfalto y dejaron trazada en él una línea de muerte.

Tucson rechinó los dientes.

Lamentaba no poseer en este momento una bomba de mano. Algunas veces la había llevado, pero normalmente no podía hacerlo porque era un arma prohibida. Con ella, sin embargo, hubiese acabado rápidamente aquella infernal situación.

La ametralladora dio un giro para enfilarles de flanco. Intentar huir era inútil porque la carretera resultaba recta y terminarían alcanzándoles. Sólo se podía hacer una cosa.

¡Atacar!

Era suicida, pero Tucson lo intentó. Muerto por muerto, prefería acabar estando en la brecha. Aparte de que volver la espalda resultaba más suicida aún.

El coche, un potente «Pontiac», pasaba de 0 a 100 en breves segundos. Tucson se lanzó hacia la parte trasera del camión cambiando de marchas a velocidad vertiginosa, como en una carrera donde sólo pudieran participar los locos. El cañón de la ametralladora hubo de hacer un nuevo giro para enfilarles de lleno, pero lo consiguió con sorprendente rapidez.

Fineman, mientras tanto, había sacado el revólver y asomaba medio cuerpo por la ventanilla de su lado. Disparó dos veces mientras el coche se acercaba como un bólido al camión parado. Una de las balas, la última, alcanzó al ametrallador en la cabeza.

Este cayó hacia atrás como si lo hubiera lanzado una catapulta, soltando el gatillo. El compañero que estaba a su derecha ocupó su puesto.

Pero con ello los disparos se habían retrasado unos segundos. Ahora hacía falta bajar más el cañón de la ametralladora para cazar al coche, que estaba ya muy cerca.

Y el cañón bajó.

Tucson hizo entonces una cosa que, al parecer, era de perfecto loco. Frenó bruscamente.

Las balas, que iban dirigidas a la cabina, quedaron en el motor.

Este pareció deshacerse en llamas.

Y Tucson volvió a dar gas rabiosamente mientras gritaba:

—¡Abajo!

Cada uno de los hombres saltó por una puerta distinta. Dieron varias vueltas por la carretera, sintiendo como si los huesos les saltaran dentro del cuerpo. Mientras tanto el «Chrysler», convertido en una masa llameante, volaba hacia la parte trasera del camión.

Este ya no podía moverse a tiempo.

Los servidores de la ametralladora, aunque lo intentaron, ya no tuvieron tiempo de saltar.

El coche se empotró materialmente bajo el camión, deshaciéndose en un mar de llamas. Las municiones estallaron. De repente el pesado camión se convirtió en un polvorín y en un infierno.

Fineman se llevó una mano a la cara.

—¡Santo Dios!

Imaginaba que él podía estar allí, caso de no haber saltado a tiempo. Se levantó, sintiendo vértigo, y volvió a derrumbarse.

Tucson vino hacia él, pero con pasos inseguros. Daba la sensación de que apenas podía tenerse en pie.

—¿Tiene algo roto, Fineman?

—Si he de hacer caso de lo que siento, me parece que lo único que me queda entero es la lengua. Pero esos tipos...

—No piense más en ellos. Desgraciadamente ninguno ha quedado para contarlos.

—Hubiese preferido cazar vivo a alguno de ellos...

—¿Y qué cree que pensaba yo?

Fineman logró ponerse también en pie. Le parecía increíble no haberse roto la crisma. Necesitó apoyarse un momento en Tucson, pero al fin se sintió mejor. Vio entonces la luz intermitente de un patrullero que se acercaba.

—Menos mal —pensó Tucson—. Tenemos ayuda...

El patrullero se detuvo. De él salieron dos agentes que apenas se fijaron en el océano de llamas en que se había convertido el camión pesado.

—¿Se dan cuenta de lo que han hecho, amigos?

—Sí, claro... esto es... un desastre.

Y Tucson señaló el camión.

Pero lo que el agente estaba mirando eran las huellas de los neumáticos sobre el asfalto.

—¡Exceso de velocidad! —gramó uno de los agentes—. ¡Les he visto de lejos, mientras maniobraban! ¡Multa! ¿Y qué me dice de las huellas de esos neumáticos? Indica que están demasiado gastados. ¡Multa! ¡Multa!

Tucson, hasta el momento, se había sentido relativamente bien, después del trompazo.

Pero esta vez necesitó apoyarse en Fineman. Por poco se cae de narices a tierra.

* * *

Una deliciosa criadita indonesia les hizo pasar a la sala donde estaba Aben Chalam.

Las indonesias suelen ser delgaditas, suaves y dulces, con los ojos rasgados y la boca fresca. Además, lo de delgaditas es un decir. Sus cuerpos suelen tener dos salientes en puntos muy estratégicos, uno delante y uno detrás, para compensar, capaces de marear a cualquiera.

Y ésta había sido bien elegida. Era una verdadera flor de los jardines de Java.

Aben Chalam ocupaba el centro de un salón donde todo eran auténticas maravillas. En el Perú hay un multimillonario, Pedro de Osma, que posee la más valiosa colección de arte sudamericano existente en manos de un particular. Pues bien, Aben Chalam era un Pedro de Osma, pero especializado en arte asiático. Aquella sala estaba llena de piezas maestras, desde jarrones chinos a perlas de los mares del Sur maravillosamente engarzadas, pasando por estatuillas de jade, maderas labradas en épocas precolombianas por los indígenas de Polinesia, piezas de marfil y abanicos pintados a mano, la mayor parte de los cuales, al desplegarse, mostraban escenas eróticas, muy a gusto de los mandarines del pasado siglo. Llamaba la atención una maravillosa serpiente pegada a la pared y que estaba formada por piedras preciosas y piel de serpiente verdadera, produciendo una asombrosa sensación de autenticidad.

Aben Chalam les recibió cortésmente.

—Le recuerdo perfectamente —dijo cuando Fineman se presentó

—. Usted me sometió a una discreta investigación cuando pedí permiso para residir temporalmente en Estados Unidos. Creo que dio un excelente informe acerca de mis modestas actividades. A usted le debo, realmente, poder disfrutar de los refinamientos de este gran país.

Fineman miró duramente a aquel hombre joven, de apenas cuarenta años, cuyo rostro bien afeitado y pulcro era el del tipo que puede dedicar a su cuidado personal varias horas al día.

—Nuestros refinamientos no son nada comparados a los de su país —dijo duramente—. Y en cuanto a nuestros perfeccionamientos técnicos, lo último que hemos inventado ha sido la bomba nuclear, de modo que puede ahorrarse los elogios. Además hemos venido en misión oficial, Aben Chalam.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me hablan en ese tono tan desusado?

Fineman le hizo sentarse de un empujón. Sabía que todo aquello era ilegal, pero después de lo sucedido minutos antes no iba a detenerse por ordenanza más o menos. Aben Chalam le miró petrificado desde su asiento.

—¿Tiene derecho un extranjero a preguntar qué es lo que ocurre? —farfulló—. ¿Acaso he engañado al Estado en mi declaración de impuestos?

—Los impuestos me importan un pepino ahora —dijo sordamente Fineman—. Le acuso de conspiración y de intento de asesinato masivo. Eso para empezar. También, si vamos afinando un poco, podré acusarle de atentado contra la seguridad interior de Estados Unidos. Y de violencias para cambiar su política exterior. E incluso de ataque a la propia sede de las Naciones Unidas.

Aben Chalam parpadeó.

En el primer momento dio la sensación de que todo aquello le parecía increíble. Pero la expresión del rostro de Fineman, una expresión completamente pétrea, le convenció de que allí nadie bromeaba. Por otra parte Tucson estaba acariciando la serpiente artificial, pero maravillosamente imitada, de la pared. Sin embargo no miraba al valioso bicho, sino a él. Su expresión también era de piedra.

—Creí que bromeaban —farfulló el indonesio.

—Bromear es lo único que no nos está permitido.

—En ese caso, debo decirles que no he oído mayor cantidad de

absurdos en mi vida.

—Han intentado matarnos al llegar aquí —dijo entonces Tucson—. ¿Quiénes estaban en ese camión? ¿Sus guardias de corps? ¿Una pandilla de granujas que tiene por misión impedir que ningún enemigo se acerque a esta casa? Nosotros somos los únicos que, por el momento, sospechábamos de usted. Una embestida de ese camión nos hubiese convertido en harina y habría tenido todo el aspecto de un accidente. ¿Quizá era eso lo que buscaban, señor Aben Chalam?

El musulmán indonesio se asió desesperadamente a los bordes del sillón. Quiso levantarse, pero Fineman, de otro suave y despectivo empujón, lo volvió a tumbar de nuevo.

—Quieto ahí, muchacho. Y ponte a pensar en la criadita que nos ha abierto la puerta si quieres consolarte.

—Ustedes no tienen derecho...

—Oímos eso cada día, pajarraco —el tono de Fineman era intencionadamente brutal, para desmoralizar al otro—. Y si tenemos derecho o no, lo discutiremos ante el fiscal del distrito.

—¡Llamaré a mis abogados! ¡Son muchos e influyentes! ¡Se arrepentirán de lo que están haciendo!

—Puede que sí, muchacho, pero no hemos obrado a la ligera. Sabemos el terreno que estarnos pisando. Uno de tus hombres ha cantado. Lo hemos atrapado en el Sheraton hace poco, cuando intentaba matar a la delegada de China roja. Y ha confesado ya que estuvo en esta casa. ¿Por qué crees, si no, que hemos venido aquí?

Todo aquello eran palos de ciego, pero dados con mucha aproximación. Tucson no se sorprendió de que alguno de ellos alcanzara de lleno a Aben Chalam. Sin embargo éste, de momento, no se inmutó.

—Puesto que quieren discutir este asunto, lo haremos —dijo rudamente—. ¡Claro que se discutirá! Yo no tengo asesinos a sueldo y por tanto no ha podido acusarme nadie! ¡Iré a ver al fiscal del distrito si hace falta! ¡Pero ay de ustedes cuando demuestre que se han equivocado!

Tucson tragó saliva.

A aquel tipo no le faltaba razón, después de todo. La broma podía costarles cara.

Pero susurró:

—Claro que vamos a ir, muchacho. Tenemos la declaración

firmada y todo. De modo que tú verás qué pruebas son las que buscas.

Aben Chalam caminó muy decidido hacia la puerta. Los dos agentes le encuadraron, y Tucson le cacheó intencionadamente como a un malhechor.

Fue entonces cuando el millonario pareció darse cuenta de que estaba detenido. De que había entrado ya, de una manera u otra, en la red de la policía, y ya no saldría de allí fácilmente. De pronto se detuvo.

Sus manos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

—Está bien —musitó—. He perdido.

Los dos federales le miraron asombrados.

Hubieran esperado cualquier cosa menos aquel éxito tan repentino, tan brusco, tan sorprendente.

Aben Chalana alzó la cabeza.

—Ustedes no tienen ninguna confesión firmada —dijo de pronto.

—¿Qué intenta? ¿Confundirnos ahora? —masculló Fineman—. El truco es viejo, amigo. ¡Claro que la tenemos!

—No pueden tenerla porque no es verdad.

Fineman fue a lanzar un espumarajo. Pero Tucson se había dado cuenta de que un cambio profundo, importante, se había producido en el hombre. De que jugar a los equívocos era ya algo que no les servía para nada.

—Más vale que digamos la verdad, Fineman —susurró.

—¿Qué verdad?

—Nadie ha confesado nada.

Fineman apretó los dientes. Le dirigió una mirada de odio como queriendo decirle: «¿No te das cuenta de que lo estás estropeando todo?»

Pero Aben Chalam captó aquella mirada.

—Es inútil que traten de engañarme —susurró—. Ahora más vale decir la verdad. Hasta que me han puesto las manos encima no me he dado cuenta de cuál era la situación real, pero ahora comprendo que tarde o temprano acabarían sabiéndolo todo. Más vale que seamos sinceros.

—¿Va a confesar? —preguntó Fineman.

—Primero confiese usted que no tiene ninguna declaración

firmada.

—No, no la tenemos.

—Está bien, entonces vamos a hablar claro. Preferiría ser el culpable, pero los hechos son los hechos y no pueden alterarse. Y además casi es mejor que lo descubran y quizá lo maten sin hacerle sufrir. La vida, para él, ya no es más que una sucesión monstruosa de días. Y a cada día un nuevo horror.

Tucson parpadeó.

—¿El? ¿A quién se refiere?

—A mi único hijo.

Fineman abrió mucho la boca, sintiendo que le faltaba el aire. La sorpresa no le dejó reaccionar en el primer momento. ¡Diablos, aquello no se le había ocurrido!

—Conozco la historia —dijo. Su hijo se abrasó en el incendio del Banco de Java.

—Lo provocó él. Esa fue la verdad que nadie publicó jamás porque yo pagué dinero para que aquí se hiciese. Estaba loco.

Fineman respiró entonces de golpe.

—Su hijo quedó con... con la cara destrozada...

—Quedó convertido en un monstruo.

—Por eso supongo que no se le ha visto más...

—Por eso no se le ha visto más— recalcó sombríamente Aben Chalam—. Y nadie le verá. Sólo yo tengo el triste privilegio de ver su cara cuando viene aquí. ¿Por qué creen que he venido a Estados Unidos? ¿Sólo para que los cirujanos más famosos y más caros del país hicieran algo por él. He consultado a los doctores Canyon, Strung y Sidney mostrándoles previamente las fotos, pues no quiero someter a mi hijo a la tortura de un examen clínico si no estoy seguro de que se puede hacer algo por él. Pero al ver las fotos los tres han dicho lo mismo: Nada se puede hacer. Es un caso irrecuperable.

Fineman apretó los labios.

Era un hombre desconfiado por naturaleza. Muchos años en el servicio le habían enseñado a serlo.

—Los tres médicos que acaba de mencionar son eminencias —dijo—, pero además a Canyon lo conozco personalmente—. A esta hora estará en su club. ¿Le molesta que compruebe el dato?

Aben Chalam sonrió amargamente.

—¿Por qué había de molestarme? Lo estoy deseando. Aquí tiene el teléfono.

Fineman marcó un determinado número y estuvo hablando unos breves minutos. Luego colgó.

Sus ojos estaban turbios, denotando lo confuso que se sentía.

—Canyon ha confirmado —dijo—. Usted le visitó, le mostró las fotos y vio que era un caso irrecuperable.

—¿Por qué había de mentirle? Además las fotos las tengo aquí. Mire.

Extrajo unas llaves y abrió un cajón cuidadosamente cerrado, del cual extrajo dos fotografías ampliadas que representaban la cara de un hombre. Mejor dicho, lo que había sido su cara. Tucson y Fineman sintieron un estremecimiento al verlas.

—Basta... Guárdelas, por favor.

—Horrible, ¿verdad?

—No queremos hacer comentarios.

—Yo ya tengo cuarenta y cinco años —murmuró Aben Chalam—. Parezco más joven, pero eso ocurre porque los asiáticos no tenemos edad. El mismo Mao Tse Tung, a sus casi ochenta, no tiene ni una arruga. Y Sukarno, a sus setenta, aún necesita las cuatro mujeres a que le autoriza la ley musulmana. Pero cumplí esa edad el mes pasado, y mi hijo tiene ya veinticinco. Desde aquel horrible accidente, he procurado que nada le faltara. En Indonesia le facilitaba incluso muchachas, a las que pagaba espléndidamente. Ha tenido criados, lujos. Él sabe que no puede vivir sin mí. Y que será aún relativamente feliz mientras yo sea inmensamente rico.

Fineman murmuró:

—¿Pero por qué había de hacer tantas locuras? ¿Qué razón hay para...?

—Se lo estoy explicando, amigo mío —dijo Aben Chalam—. Él quiere a toda costa que yo siga siendo rico. ¿O acaso no lo comprende? —Hizo una pausa para añadir—: Evidentemente, esa conferencia puede provocar un cambio en la situación indonesia, y en consecuencia hundirme para siempre. Por eso mi hijo ha intentado hacerla fracasar. Dinero no le falta, porque yo se lo doy a manos llenas. Y en Estados Unidos, con dinero, se puede comprar lo que se quiera. Hasta una organización criminal como la de Rosso. Porque Rosso posee hombres capaces de organizar los atentados

más audaces, más increíbles. Lo único que necesita es que los dólares no falten...

Tucson desvió la mirada.

Aquella serpiente de mentira, pero que parecía espantosamente real... Aquellos objetos de arte tan lujosos como fúnebres y muertos... La sombra del monstruo que parecía flotar en el aire de la habitación... Todo aquello le producía una indefinible sensación de pesadilla.

Pero no alteraba su inteligencia, que estaba tan despierta como siempre. Ahora fue él quien se dirigió al teléfono y lo descolgó.

—Archivos del FBI —pidió después de marcar—. Control de pasaportes.

Le dieron la comunicación al cabo de unos segundos.

—Quiero saber en qué fecha entró en el país un súbdito indonesio llamado Aben Chalam y con quién —pidió.

—Un momento.

Los ficheros electrónicos funcionaban con precisión y con rapidez maravillosas. Menos de medio minuto después, Tucson tuvo la respuesta.

—Entró hace justamente veinte días, por el aeropuerto de Newark, y le acompañaba su hijo. Por cierto, reservó toda la cabina de clase primera del «Boeing 707» para poder viajar solo. No quería que a su hijo le viese nadie. Las autoridades sanitarias tuvieron que controlarle porque tenía la cara completamente quemada. Pero al fin se le permitió entrar, ya que no ofrecía peligro de enfermedad infecciosa.

Tucson apretó los labios.

—Gracias —dijo.

Y colgó.

Los ojos tristes de Aben Chalam parecían mirarle desde una gran distancia.

—¿Es que no me creía, mi joven amigo? —susurró.

—Ahora le creo del todo. Pero su hijo, por desgracia, es un monstruo que no puede ocultarse fácilmente. ¿Dónde vive?

—Al principio aquí. Y viene alguna vez a pedirme dinero.

—¿Pero dónde reside ahora?

—No lo sé. Supongo que la banda de Rosso le ha proporcionado un escondite.

Fineman se acercó al indonesio. Su actitud trataba ahora de ser comprensiva y amable.

—Señor Chalam —dijo—. Creo haber entendido que usted quería ayudarnos. Que... digamos... la muerte de ese pobre desdichado casi le parecía, dentro de las actuales y terribles circunstancias, un mal menor.

—Sí. Eso es cierto. Siempre y cuando él no se dé cuenta y no se le haga sufrir. No debo olvidar, aparte el hecho de que es mi hijo, que como ser humano es digno de toda compasión. Y que su cerebro enfermo sólo tiene una idea: ayudarme.

—De eso me hago cargo.

—¿Cuál es, pues, el sentido de sus palabras?

—Si él viene por aquí... ¡ejem!... Tenderle una trampa poco dolorosa sería fácil. Usted no tendría más que avisarnos.

—No, señor Fineman.

—¿Por qué no?

—Hay cosas feas que parecen más feas según el sitio en que se hacen. Yo soy incapaz de tender aquí una trampa a mi propio hijo, por muchas reflexiones que me haga a mí mismo. Este es un asunto de ustedes, sólo de ustedes, y del que yo no quiero enterarme. Sólo les pido, a cambio de los datos que les he dado, que lo traten con humanidad.

Fineman no dijo nada. Sus facciones volverían a ser de piedra. Pero Tucson susurró con suavidad:

—Tiene razón, señor Chalam. No es justo que le pidamos que la trampa sea organizada aquí mismo. Dar con ese hombre y capturarlo es tarea nuestra. Pero quisiera que usted nos acompañara para identificar al hombre que hemos detenido. Puede que lo haya visto alguna vez.

—Es muy posible, porque ya les he dicho que mi hijo ha estado algunas veces aquí. Y nunca vino solo.

—¿Vamos entonces?

—Vamos.

Los tres hombres salieron. Tuvieron que hacer el viaje en un coche del propio Aben Chalam, porque el suyo, el del FBI, había sido presa de las llamas.

Llegaron a los calabozos para detenidos e hicieron abrir la puerta sin tardanza. Pero lo que vieron en el interior les heló la

sangre en las venas.

El hombre con quien Tucson había luchado en el hotel, estaba espantosamente rígido en su celda.

Caído de bruces sobre el suelo.

Muerto.

CAPITULO VIII

El guardián corrió hacia él. Sus ojos desencajados bailaban dentro de las órbitas. Hizo un gesto patético mientras levantaba levemente, con su antebrazo, el cuerpo sin vida.

—Pero... ¡esto es increíble! —farfulló—. ¡No se ha podido suicidar! ¡Aquí no ha entrado nadie y él no tenía ni botones en la americana!

Tucson se hizo rápidamente cargo de la situación, con una ojeada. Y lo primero que pensó fue que todo aquello era absurdo, pero que la muerte, fuese de la clase que fuese, había llegado desde fuera.

—¿Quién ha pasado por el corredor? —murmuró.

—Mucha gente. Es imposible calcularlo. Visitantes de algunos detenidos, abogados de éstos...

Aben Chalam entornó los párpados.

—Esa muerte es absurda. Y no comprendo las causas.

—Yo tampoco. Parece como si un rayo lo hubiese matado, pero aquí no ha entrado ningún rayo —musitó Tucson—. Lo han silenciado para siempre, pero me gustaría saber cómo. Y lo averiguaré.

El guardián se puso en pie en aquel momento.

—Es extraño —dijo, parpadeando—. Siento un cosquilleo que...

—¿Un cosquilleo dónde?

—Pues... en el pecho... Antes lo he sentido en el brazo. Ahora está cerca del co... co...

Tucson había desenfundado su revólver con una velocidad fulminante. Imaginaba ya de lo que se trataba.

Y si el agente hubiese señalado el cosquilleo en una pierna o un brazo, él habría disparado sin vacilar hacia allí, aun a riesgo de mutilarle con tal de salvarle la vida. Pero no podía dispararle al corazón. Era... ¡era demasiado tarde!

De pronto el guardián lanzó un alarido.

Sus facciones se congestionaron. Luego parecieron dilatarse en una horrible mueca de asombro y de dolor.

Cayó cara al techo, con los ojos espantosamente quietos.

—Busque a un médico —susurró Tucson con voz turbia—. Busque alguien que pueda aplicar a este hombre un antídoto contra el veneno de las arañas, aunque me temo que ya sea demasiado tarde.

—Lo era, en efecto.

En aquel momento el insecto —una enorme y peluda araña de las selvas de Borneo— se filtró por debajo del cuello de la camisa de su víctima y apareció en el exterior, paseando siniestramente por la boca y el resto de la cara.

Fineman hizo una mueca de asco. Lanzó una salvaje maldición.

Tucson, que ya tenía el revólver en la mano, apretó el gatillo.

La araña se desintegró, partida por el centro, sin que la cara del guardián sufriese el menor rasguño.

Pero de todos modos aquella precaución era inútil.

Demasiado tarde ya para salvarlo. Aquella boca se había cerrado para siempre.

Aben Chalam apretó la cabeza contra una de las paredes, haciendo esfuerzos terribles para mantener la serenidad, y masculló roncamente:

—Él ha hecho pasar esa araña por debajo de la puerta. Es un monstruo, un asesino sin piedad... Acaben con él cuanto antes, pero no le hagan sufrir. Que no se dé cuenta...

CAPITULO IX

Las manos enguantadas acariciaron la araña verde que paseaba sobre la mesa. El rostro cubierto por la máscara permanecía en la sombra, y sólo los ojos eran visibles, unos ojos quietos y que parecían tener el poder de hipnotizar a los que estaban ante ellos.

Ahora eran dos hombres los que se encontraban en la habitación cerrada, situada en la parte posterior de la gran exposición de antigüedades.

Ringo y el propio Rosso.

Los dos pensaban lo mismo. Les daban asco aquellas arañas que parecían las dueñas de la habitación. Y empezaban a sentir ya un sospechoso cosquilleo, como si alguna de ellas les subiera por las piernas.

La voz chirrió al decir:

—Los resultados no han sido muy brillantes. Vuestro premio ha sido otra vez el fracaso.

—Sólo muy relativo —se defendió Rosso—. Aquel hombre no habló. Uno de mis ayudantes fue lo bastante hábil para fingirse abogado de uno de los detenidos y soltar la araña justo en la rendija de la puerta.

—Cierto, aquel hombre no hablará —dijo la voz chirriante—. ¿Pero eso de que nos sirve? En cambio la delegada de Pekín sigue viva. Se ha llegado a un acuerdo preliminar en la conferencia, y es muy probable que mañana los emisarios se trasladen a Washington. Sólo falta la conformidad del presidente Johnson. Se firmará el acuerdo y nuestros esfuerzos habrán sido vanos. ¿Es ese el único resultado que se me puede ofrecer? ¿Acaso he escatimado un dólar?

—Tampoco yo he escatimado hombres ni medios —dijo Rosso—. Nunca había movilizado a tanta gente. Y algunos de los procedimientos empleados no solían fallar nunca.

—Por ejemplo el del camión, ¿no?

—Esos hombres fueron muy listos. Más listos que los enemigos que yo he tenido hasta ahora.

—¿Acaso deberé encargarme yo personalmente de este asunto?

—murmuró el enmascarado—. ¿Acaso será necesario que os quedéis sin el premio final?

Rosso estuvo a punto de lanzar una maldición.

Era mucho lo que se jugaba en aquella partida. Poder retirarse para siempre, ser rico. Era la jugada más importante que había hecho en su vida, y no quería perderla.

—Tenemos todo el día de mañana —dijo.

—Muy justo. Podría ser que por la noche ya marcharan a Washington.

—Con doce horas nos basta.

—¿De veras?

La voz del enmascarado era burlona. Suave y terriblemente burlona. Rosso sintió que empezaban a vibrar sus nervios.

—¿Por qué no deja de jugar con esas arañas de un vez? —masculló—. ¿Y por qué no se quita la máscara?

—No quiero... ni puedo.

—Tiene la cara fea, ¿eh?

Las manos enguantadas del enmascarado se cerraron furiosamente.

Hicieron algo que hasta entonces no habían hecho nunca: aplastaron entre sus dedos una de las repugnantes arañas.

—Mi cara es asunto mío —dijo con voz tensa—. Sólo a mí me interesa lo que hay debajo de esta máscara. Y ahora no tenemos más que hablar... Antes de mañana por la noche tiene que estar muerta la delegada china. Sólo ella me interesa, porque representa al país más poderoso de los que han venido a la conferencia. Cuando ella muera, Pekín reaccionará de una manera tan violenta que la conferencia será inmediatamente suspendida. Es eso, justamente, lo que pretendo. Pero ahora no podéis fallar.

Rosso hizo un gesto sombrío.

—He perdido muchos hombres, pero esta vez cambiaré la táctica. No fracasaré.

—Eso espero —dijo el enmascarado suavemente—... por vuestro bien.

Empujó con el dedo una de las arañas y la envió al otro lado de la mesa, produciendo la sensación de que caería a los pies de Ringo. Este dio instintivamente un paso atrás, mientras hacía un gesto de repugnancia.

El enmascarado rio silenciosamente.
Y los dos hombres salieron de la habitación.

* * *

Rosso tenía una idea.

Hasta entonces había empleado su táctica peculiar, la táctica violenta para la cual parecía haber nacido. Durante toda su vida, Rosso fue alquilado para matar, no para pensar. Ya había otros cerebros malignos que tenían ideas por él.

Pero ahora las cosas eran distintas.

La táctica violenta no servía contra un hombre como Tucson Bill, a quien varias veces había estado a punto de matar, sin conseguir herirle siquiera. Olía las trampas como si las hubiese inventado él mismo. Y protegía con gran interés a la delegada de China roja, que era precisamente la que él quería eliminar.

Hacía falta, pues, una trampa más sutil, y Rosso creía haber dado con ella.

Si bien él no podía hacerse visible, porque la policía le buscaba, nadie, en cambio, buscaba aún a Ringo, que era un asesino sin identificar. Y Ringo fue el encargado de llevar a término la idea.

Los delegados a la conferencia estaban repartidos por diversos hoteles de Nueva York, todos lujosos, pero situados en distintos lugares de la urbe. Así, Patricia Weng estaba en el Sheraton, donde estuvo también el delegado de Camboya; el delegado de China nacionalista estaba en el Pierre, junto a Central Park, y el delegado indonesio ocupaba una suite en el viejo y refinado Waldorf Astoria.

Aunque todos los delegados estaban siendo protegidos, se quería evitar a toda costa el que tuviesen la sensación de ser vigilados.

Ello hacía que pudiesen hablar con muchas personas, que cualquiera lograra acercarse a ellos y que su conducta resultase, en términos generales, enteramente natural. Aunque siempre estaban bajo la vigilancia directa de un agente del FBI, esa vigilancia era tan discreta que el interesado no llegaba a notarla.

Aquel mediodía, el delegado indonesio se encontraba tomando un «bourbon» doble en la barra del bar del hotel. El ambiente, en torno cuyo, era el más distinguido de Nueva York. Diplomáticos, banqueros, periodistas de altura, artistas... Incluso aquel tipo

extraordinario, con cara de luna llena, sin barba y con curvas sospechosamente femeninas, que insinuaban una grave enfermedad glandular, tenía un aspecto entre elegante y divertido a la vez.

Ringo se apoyó en la barra, justamente al lado del indonesio. Este, al verle tan cerca, hizo un levísimo gesto de repulsión. No le gustaban los afeminados, aunque éstos fueran casos puramente clínicos. Pero se olvidó inmediatamente de aquello al ver la mano que se posaba en la barra, junto a él.

Era una mano envuelta en un guante de terciopelo. Y se notaba en seguida que no era natural, de carne y hueso. Parecía estar formada por piezas articuladas y metálicas.

El delegado volvió la cabeza, molesto.

La voz suave de Ringo musitó:

—¿Señor Ahmed Kwin?

—Márchese. No me interesa hablar con usted.

—Le interesará cuando le diga que el futuro del régimen de su país puede depender de mis palabras.

—Es un truco, un truco estúpido. Déjeme en paz.

Fue a alejarse. De pronto la mano metálica se clavó en su antebrazo izquierdo.

Sí, fue eso; se clavó exactamente. Porque aquellos dedos pinchaban.

El agente del FBI, que se encontraba a cierta distancia, no advirtió nada anormal, aunque no les perdía de vista.

—Usted, Ahmed Kwin —dijo lentamente Ringo— se opone a que la conferencia siga adelante. Usted y el delegado de la China nacionalista. Son los dos únicos países a los que un cambio en Indonesia puede perjudicar; han venido aquí porque no pueden desatender un deseo de Johnson, pero desean que esto termine; y que termine sin acuerdo.

—¿Qué quiere decir?

—El principal obstáculo con que tropiezan es la delegada de China roja. Muy bien; pues es muy posible que puedan llegar a un entendimiento.

Los ojos de Ahmed Kwin brillaron de repente con una chispita de interés.

Como viejo diplomático, sabía que muchas veces los verdaderos acuerdos no se consiguen en las conferencias, sino a veces en el

interior de bares sórdidos, en coches aparcados en lugares solitarios y hasta en la intimidad de las alcobas.

—¿Ella estaría dispuesta a tratar conmigo?

—Me ha pedido que le llevase a su presencia.

Ahmed Kwin reflexionó unos, momentos. A él no iban a matarle; los que asesinaron al delegado de Camboya y atentaron contra la delegada de Pekín, eran personas a las que no conocía, pero que por alguna razón estaban a favor de su tesis: ningún cambio en Indonesia. En consecuencia, y aun suponiendo que aquel tipo raro fuera uno de sus emisarios, ningún daño iban a hacerle. Nada perdería aceptando aquella proposición, que muy bien podía ser cierta.

—¿Adónde he de ir?

—A una exposición permanente de antigüedades. Muy cerca de aquí.

—Ha sido ya clausurada.

—Precisamente por eso. Nadie nos molestará.

—Está bien; vamos. ¿Pero quiere decirme qué tiene en su mano derecha?

—Es una mano articulada. Metálica.

—Pues no me toque más con ella. Me da asco.

—Olvédelo y acompáñeme. Tengo un coche en la puerta.

—El agente del FBI los vio salir.

El delegado indonesio entraba y salía muchas veces, y él era su sombra. Pensó resignadamente: «Bueno, una vez más».

Les siguió en el coche que también tenía aparcado ante el hotel. Los otros no llevaban demasiada prisa, y el tráfico poco intenso le permitía verlos con claridad. Se detuvieron a poca distancia, ante el edificio donde tenía lugar la exposición internacional de antigüedades, clausurada unas horas antes.

Los dos hombres se apearon del coche y entraron en el lugar mediante un llavín que llevaba el más redondito. El federal torció la boca con un gesto indefinible. Aquello no le gustaba. Ni el tipejo ni el sitio.

Consideró prudente comunicar su situación por radio, y la hizo funcionar. Bueno, trató de hacerlo. El aparato sólo emitía débiles crujidos.

Era imposible saber si se había estropeado sola, como ocurría

algunas veces, o la habían estropeado a propósito. Pero en un caso u otro no le quedaba tiempo para salir de dudas.

Los dos hombres iban a desaparecer en el interior de aquel enorme edificio.

Si los perdía de vista, era posible que no volviera a encontrarlos más.

Entró también. Y se halló de pronto inmerso en aquella especie de nube donde el tiempo no existía, donde, junto a una armadura del siglo XVI, descansaba una mesa que había pertenecido a Nicolás II y un tótem esculpido por un inca cuando Colón aún no había venido al mundo.

Ya no se veía ni rastro de los dos hombres.

Era posible que hubiesen entrado por una puerta que se veía al fondo, y que aún se movía ligeramente.

El hombre del FBI se dirigió hacia allí.

Pasó junto a un enorme hacha que en otros tiempos, en la sombría Edad Media, usaban los verdugos de Nuremberg.

Ni siquiera se fijó en ella. Y mucho menos se fijó en la sombra que parecía acechar entre dos solemnes y valiosísimos ataúdes chinos.

Aquella sombra se movió.

Dos manos enguantadas se cerraron sobre el mango del hacha.

El hombre que la manejaba tendría unos dos metros de estatura. Rosso lo seleccionó tiempo atrás porque era el más fuerte, el más colosal de todos los que había encontrado en su camino. Pudo haber sido un campeón de «catch» caso de tener más agilidad; pero suplía su pesadez con una fuerza casi sobrehumana y con una resistencia que le hacía parecer una muralla.

Había sido leñador en los bosques del Canadá, y para él las hachas eran un juguete. Luego fue matarife en Chicago. Se acostumbró a matar a las reses de un solo golpe en la testuz, con una pesada maza.

La mortífera arma era como una pluma en sus enormes manos. La alzó sobre su cabeza, en silencio.

Fue la sombra lo que advirtió al hombre del FBI. De repente, en la pared frontera se recortó una siniestra reproducción del hacha. Intentó volverse, mientras llevaba su mano a la funda axilar.

No llegó a tiempo.

El hacha hendía ya el aire, en busca de su cráneo. El federal lanzó un sordo gruñido porque ni tiempo hubo para que su garganta exhalara el aullido que pugnaba por surgir de sus entrañas.

La enorme hoja de metal llegó a su cuello.

Penetró en él.

La cabeza saltó por los aires, como si el hacha reprodujese todo el horror de que, siglos antes, había sido instrumento.

El gigante limpió luego el filo ensangrentado sobre el propio traje del muerto. Una lucecita maligna, de diabólico placer, brillaba en sus ojillos.

Ahmed Kwin estuvo a punto de volverse, al caminar por el largo pasillo.

—Me ha parecido oír un grito —balbució.

—Imaginaciones tuyas. Venga, amigo mío. Le interesa entrar aquí.

Ringo abrió la puerta tapizada en piel.

Dentro, el elegante despacho estaba muy bien iluminado. Por esta vez no había zonas de penumbra. Y ninguna persona se encontraba en él.

—¿Puede aguardar? —preguntó Ringo.

—Sí, claro... ¿por qué no?

El delegado tomó asiento en una butaca. Estaba acostumbrado a situaciones anormales y a ambientes extraños. No obstante aquello le atemorizaba y no sabía bien por qué.

Ringo desapareció.

El silencio se hizo absoluto, espeso. El aire, de una forma misteriosa y sutil, pareció irse haciendo irrespirable.

Transcurrieron cinco minutos, diez.

Nadie venía.

Ahmed Kwin oyó entonces ruido en una habitación contigua. La abrió y se encontró, con gran sorpresa, en un magnífico y pulcro cuarto de baño. La bañera y ducha estaban cubiertas por una cortinilla. Ante el espejo, el tipo femenino se afeitaba tranquilamente con una navaja. Pero lo sorprendente y estremecedor era que la navaja no estaba sostenida por los dedos de su mano derecha. *Era su mano derecha*. El brazo terminaba y la navaja empezaba bruscamente, sin solución de continuidad.

El delegado masculló:

—Pero, ¿qué es esto?

—Esperaba que viniera —dijo Ringo suavemente—. ¿Le sorprende que me afeite?

—Me sorprende que pierda el tiempo en eso ahora —dijo Kwin bruscamente—. ¿Pero qué ocurre con su mano derecha?

Ringo sonrió malignamente.

Con suavidad, desatornilló la navaja ante los ojos atónitos del otro.

—Tuve la desgracia —vamos a llamarla así— de perder mi mano derecha hace años. Pero los cirujanos me aplicaron al muñón una pieza metálica con una hendidura roscada donde puede atornillarse cualquier objeto. Su idea era que pudieran ser atornillados ahí una cuchara y un tenedor especiales, por ejemplo. Pero yo tengo también un verdadero arsenal para ser fijado a esa superficie roscada. Por ejemplo una mano articulada. O un punzón de cortar hielo. Una navaja para afeitarme... o un hacha para matar.

Ahmed Kwin le miraba perplejo.

De pronto el horror penetró por sus ojos. De pronto se dio cuenta de que acababa de entrar en un ambiente, en un mundo, donde todo parecía sobrenatural y macabro. Trató de dar media vuelta y huir.

La voz tranquila de Ringo le disuadió.

—No lo intente, amigo; no llegaría muy lejos. En cambio le aconsejo que mire esto.

Descorrió las cortinillas de plástico que ocultaban la bañera.

—¿Reconoce este traje? —preguntó Ringo.

El indonesio se llevó una mano a la boca, y tuvo que morderla en su desesperado esfuerzo para no lanzar un auténtico alarido. Claro que reconocía aquel traje manchado de sangre. Y aquella cabeza que durante los últimos días le había seguido a todas partes. Aquella cabeza... separada del tronco que yacía en el fondo de la bañera.

La risita de Ringo se escuchó en el silencio mortal de la habitación.

—Ya ve que estamos dispuestos a todo —dijo suavemente—. Y si no quiere correr la misma suerte sólo debe hacer una cosa.

—No firmaré nada... ¡no declararé nada!

—Nadie le obliga a firmar. Incluso, en cierto modo, lo que

hacemos es favorecer los intereses de su gobierno para que la conferencia no llegue a buen fin. Lo único que tiene que hacer es llamar a la delegada de China roja.

—¿Para qué?

—Ese es asunto nuestro.

—¡No firmaré ningún acuerdo en nombre de mi gobierno! ¡No me comprometeré a nada!

Ringo volvió a reír otra vez.

—¡Qué inocente es usted, pese a haberse pasado la vida en la diplomacia! No, nuestros propósitos son infinitamente más sencillos. Lo único que debe hacer es llamarla y decirle que va a proponerle un acuerdo. Luego no tendrá necesidad ni de verla.

El delegado miró el cadáver. El miedo le nacía en las mismísimas entrañas y parecía subir hasta sus ojos como una columna de mercurio.

Balbució:

—¿Debo decirle... que venga... aquí... sola?

—Exactamente. Y sin que le tiemble la voz.

Ringo señaló el teléfono que estaba en el despacho. Hombre prevenido, ya había apuntado incluso en una hoja de papel el teléfono del «Sheraton».

Kwin disco temblorosamente y pidió comunicación con la habitación de Patricia Weng. La obtuvo en seguida.

Patricia Weng se mostró sólo parcialmente extrañada al saber que el delegado indonesio quería hablar con ella. Estaba segura de que tarde o temprano habría algún contacto secreto entre los emisarios. Incluso el delegado de China nacionalista, su mortal enemigo, había mostrado deseos de verla al día siguiente.

Anotó la dirección.

—Está bien —dijo—. Reconozco claramente su voz y eso me da confianza. Iré ahora mismo sin llamar la atención, como usted me indica. Pero le advierto anticipadamente que mi gobierno no quiere supercherías.

—No es ninguna superchería... Se trata de algo absolutamente nuevo e inesperado. Usted misma lo verá.

Y el delegado indonesio colgó el aparato. Su mano derecha temblaba espasmódicamente.

CAPITULO X

Patricia Weng miró el edificio. No tenía nada de siniestro, a la luz clara y apacible del mediodía. Y además era un buen sitio para sostener una conferencia secreta.

Descendió del taxi y se acercó a la puerta. Esta se hallaba entornada solamente.

No vio el pequeño coche deportivo que se detenía a poca distancia. Tucson, que tenía una conexión secreta con el teléfono de Patricia Weng, había oído toda la conversación. Y ahora estaba allí, dispuesto a saber en qué consistía aquella misteriosa cita.

Sus ojos entornados, que no perdían detalle, vieron un coche estacionado en las cercanías. Pese a que no llevaba ningún distintivo, lo reconoció al instante como uno de los que empleaba el FBI. Eso indicaba que un compañero, el que vigilaba a Alamed Kwin, estaba allí. Ahmed, por lo tanto, no había mentido.

Tucson se introdujo en el local, una vez vio entrar en él a Patricia Weng.

Ella no notaba que era seguida.

Lo atravesó por completo. Al fondo había una puerta, que la muchacha abrió, desapareciendo. Tucson quedó solo en la enorme sala llena de antiguas piezas de arte.

Como había hecho su compañero, se preocupó tan sólo de seguir a la muchacha. Pasó, sin verla, junto a la enorme hacha empleada en otro tiempo por los verdugos de Nuremberg. Y no distinguió tampoco la sombra que aguardaba entre los dos valiosos ataúdes chinos.

Se acercó a la puerta.

La sombra cobró movimiento, vida.

Dos enormes manos sujetaron el mango del hacha.

La sombra se recortó sobre un auténtica guillotina de las empleadas en Francia durante la época del Terror, en 1793. Avanzó dos pasos mientras el hacha era lanzada poco a poco.

Tucson vio en el último momento, como le había sucedido a su compañero, la siniestra sombra proyectarse sobre él, reproducida en

la superficie más clara de la puerta.

Pero no se volvió. No, él no perdió en girar las décimas de segundo que habían resultado fatales al otro. Simplemente se dejó caer de costado con una agilidad increíble, mientras el hacha iniciaba velozmente su recorrido fatídico.

La fuerza de la inercia de la pesada arma, hacía imposible modificar su rumbo cuando uno descargaba el golpe. Por eso el hacha se clavó estruendosamente contra la puerta, derribándola casi por completo. Mientras tanto Tucson había dado ya una rapidísima vuelta sobre sí mismo.

Intentó sacar su revólver. No estaba dispuesto a obrar con contemplaciones porque sabía lo que se jugaba allí.

Pero su enemigo tampoco pensaba perder ni un segundo. Alzó la pierna derecha y propinó un terrible puntapié a la mano de Tucson cuando éste aún no había logrado sujetar bien el arma. Fue un golpe maestro; el revólver voló por los aires.

Ahora Tucson estaba solo y desarmado frente a un gigante que tenía en sus manos un hacha.

Sólo su agilidad podía salvarle, porque no tenía a su alcance ningún arma con la que contraatacar. De modo que tensó los músculos y aguardó unos segundos que le parecieron atroces. Cuando el hacha inició el terrible descenso hacia su cabeza... ¡él se movió!

La lengua de acero hizo añicos las baldosas, en el lugar que antes ocupaba el cuerpo del federal. Este no encontró en su camino más que una pesada mesa de caoba. La levantó velozmente y la arrojó contra el corpachón de su enemigo sin aparentar esfuerzo, a pesar de que aquel mueble apenas hubiera podido ser movido por un hombre normal.

También su impacto hubiera derribado a cualquiera. Pero el gigante apenas lo notó. Se limitó a sonreír desdeñosamente mientras de un puntapié enviaba la mesa bien lejos.

Volvió a atacar con el hacha, pero esta vez Tucson no esperó. Se había dado cuenta de que tenía una sola posibilidad, y la aprovechó hábilmente.

Su enemigo estaba sobre una larga alfombra.

Tucson tiró violentamente del extremo de ésta. La pesada mole del gigante vaciló y acabó cayendo con estruendo, mientras lanzaba

una salvaje maldición. El hacha, sin embargo, no se desprendió de sus manos.

El federal se arrojó sobre él, imitando la estirada de un guardameta de fútbol.

Dos terribles golpes al cuello de su enemigo, propinados con el antebrazo, hubieran bastado para dejar «groggy» a cualquier ser humano. Pero con aquel coloso sólo produjeron el efecto de hacerle lanzar una fuerte dosis de espuma por la boca.

Luego el otro arqueó su corpachón. Tucson salió despedido por los aires.

Patinó sobre una mesa, dio una vuelta de campana y quedó sentado en una antigua butaca estilo Imperio. Vio al gigante venir hacia él. Flexionó las piernas y se las clavó luego bruscamente en el estómago, haciéndolo vacilar y retroceder. El corpachón chocó contra la guillotina.

Tucson tampoco esperó esta vez a ser atacado de nuevo. En sus ojos brillaba una luz febril, desconocida. Pasó al ataque moviendo los puños como si detrás de ellos hubiera dos catapultas.

Fue el gigante quien le cazó a él, sin embargo.

Un directo al pómulo le cubrió media cara de sangre, mientras le hacía volar por los aires. Logró apoyarse en una de las paredes y vio venir hacia él la mole de su enemigo, que por fin se había decidido a soltar el hacha. Tucson tragó aire.

El otro se cubría mal. Ese era su defecto. Tucson movió ambos puños y los clavó alternativamente en la mandíbula de su enemigo, en un alucinante movimiento de un-dos. El gigante retrocedió. Tucson lanzó un grito.

Su enemigo acababa de caer de espaldas, apoyando el cuello en el tajo de la guillotina. La hoja que hizo el «afeitado nacional», como le llamaban los discípulos de Robespierre, a aristócratas y reyes, brillaba quieta y macabra en la altura, esperando beber sangre otra vez. El gigantón la vio con ojos alucinados. Lanzó un gruñido mientras trataba de incorporarse.

Tucson se lanzó en plancha.

Su objetivo no era el cuerpo de su enemigo, sino la palanca que movía la hoja. Logró sujetarla. Tiró de ella mientras chirriaban sus dientes.

En la sala se oyó un alarido espantoso, que de repente quedó

cortado por una especie de gorgoteo.

La cabeza del gigante había saltado al suelo. Su fin fue el mismo que él había repartido a su vez, sólo que con un arma «moderna».

Tucson no quiso mirar aquello.

Una especie de neblina roja, como de sangre, cubría sus ojos.

Recuperó el revólver y atravesó la puerta por la que poco antes entrara Patricia Weng. Vio un largo pasillo.

Lo vio muy confusamente.

No tuvo tiempo de fijarse en él, porque en el mismo instante su instinto le advirtió que la muerte estaba cerca. Vio aquel punzón hacia él con la velocidad de un meteoro.

No lo sujetaba ninguna mano. Parecía surgir directamente de un brazo.

Ringo lanzó un gritito de placer mientras le parecía sentir ya cómo la aguja entraba entre dos costillas y alcanzaba directamente el corazón de su enemigo.

Pero se equivocó esta vez. La aguja solamente había atravesado el brazo izquierdo de Tucson, puesto delante del pecho como única coraza protectora de que podía disponer. Dominando su terrible dolor, el federal propinó un terrible rodillazo al bajo vientre de su enemigo.

Quizá no le hizo tanto daño como a un ser normal, pero bastó para que Ringo retrocediera dos pasos, gimiendo de dolor, mientras sus ojos se teñían de color sangre.

Tucson lo tuvo a su merced.

Podía disparar sobre él sin contemplaciones, mientras el otro se congestionaba de dolor. Pero no quiso emplear el revólver contra un bicho de aquella clase.

Lo guardó en uno de sus bolsillos y se arrojó sobre él. Sus brazos rodearon en una terrible presa el brazo derecho de Ringo. Los dientes de Tucson rechinaban a causa del dolor, pero no disminuyó la fuerza salvaje de su presa. Ringo gimió al ver que su brazo derecho se doblaba extrañadamente. Al notar que el punzón con que terminaba su brazo —y del que no podía desprenderse por mucho que quisiera— subía hasta su garganta.

El alarido fue espantoso, inhumano, cuando Clive dio un último impulso a aquel brazo.

El punzón se hincó hasta el fondo en la garganta de Ringo. Este

emitió una especie de gorgoteo y cayó de rodillas al suelo mientras la brecha de su cuello se convertía en un torrente de sangre.

Tucson hizo una mueca de asco.

Sabía que podía despreocuparse de aquel enemigo. Ringo no duraría mucho. Su herida era irremediablemente mortal.

Vio entonces aquella sombra al fondo del pasillo. Y adivinó el inminente fogonazo.

Instantáneamente se pegó a la pared, mientras la penumbra le protegía. Su derecha aferró la culata del revólver oculto en uno de los bolsillos.

Disparó desde el interior de éste, rasgando la tela con la bala. Su enemigo había disparado también, y la bala le rozó la cadera. Tucson falló el primer disparo a causa de la semioscuridad.

Su enemigo fue hacia la puerta que había al fondo del corredor. Y Tucson lanzó un grito porque acababa de reconocer a Rosso.

No tuvo contemplaciones.

Su enemigo había cometido un error al tratar de huir sin jugarse la vida a una carta. Volviendo la espalda, perdía unos segundos fatales.

Tucson apretó el gatillo dos veces.

Las balas alcanzaron a Rosso en la columna vertebral y le hicieron tambalearse, lanzando un alarido. Una tercera bala le alcanzó en la nuca. Fue la última, la definitiva.

Se derrumbó lentamente.

El federal corrió unos pasos hasta empujar la puerta. Podía haber alguien más acechando tras ella, pero necesitaba correr ese riesgo. Sólo moviéndose con rapidez conseguiría salvar a la muchacha.

Vio un despacho bien iluminado. En él no había nadie.

A la derecha se distinguía una puerta entreabierta, tras la cual brillaba luz. Al parecer, correspondía a un cuarto de baño. A la izquierda había otra puerta casi idéntica, pero estaba cerrada. Tucson se decidió por la primera a pesar de saber que podía ocultar una trampa.

La abrió llevando el revólver por delante.

Pero no había nadie allí. Sólo un cuarto de baño vacío, hostil, silencioso.

Tucson estuvo a punto de lanzar un grito al ver la bañera. Sus

párpados fueron sacudidos por una horrible contracción nerviosa que pareció desencajarlos.

Su compañero decapitado no era un espectáculo apto para cardíacos. Pero no podía entretenerse en mirarlo; ni en sacarlo de allí.

Patricia Weng tenía que estar cerca. Sin duda corría peligro inminente de muerte, y él no lograría salvarla si se quedaba allí quieto, contemplando estúpidamente un cadáver.

Salió de nuevo al despacho y corrió hacia la puerta de la izquierda, que abrió de un golpe.

Fue entonces cuando la vio. Patricia Weng estaba atada y amordazada, ocupando una silla que parecía ser el único mueble de una gran habitación.

La muchacha estaba absolutamente inmóvil. Pero no había muerto, porque sus ojos estaban alzados hacia arriba, mirando hacia arriba solamente.

Al principio Tucson no vio de qué se trataba. No pudo saber qué era lo que motivaba aquella dramática, expectante inmovilidad de la joven.

Y de repente estuvo a punto de lanzar un alarido.

La araña ya casi rozaba su frente.

La araña descendía desde el techo, fabricando su propio hilo, y se balanceaba muy lentamente como un equilibrista que se prepara para el salto. Sus glándulas hinchadas estaban cargadas de veneno. Sus ojillos debían complacerse ya con la contemplación de su víctima, situada a menos de una pulgada de distancia.

Patricia Weng no podía hacer nada. Ni derribar la silla, que parecía clavada en el suelo. Si echaba para atrás la cabeza, la araña caería sobre su boca. Si laladeaba, sobre un costado de su cuello. Era imposible decir qué clase de muerte resultaba más angustiosa.

Por eso la muchacha no se movía, mirando como hipnotizada aquel cuerpo peludo en el que estaba escrito ya el último minuto de su vida.

Tucson no se movió. Solamente alzó el brazo derecho, a cuyo final brillaba el revólver.

No podía fallar.

Si la bala rozaba solamente a la araña, ésta caería sobre la cara de la muchacha al romperse el finísimo hilo. Si no la rozaba

quiera, el repugnante bicho tendría tiempo de acabar su carrera y emponzoñar a Patricia antes de que él hiciese el nuevo disparo.

Nunca Tucson había vivido un momento tan dramático, un momento en que todo dependiera exclusivamente de su pulso.

Contuvo la respiración.

Y apretó el gatillo.

El cuerpo de la araña se desintegró en el aire, alcanzado de lleno por la bala. Algunas partículas cayeron sobre el rostro de Patricia Weng. Esta sollozó espasmódicamente, mientras cerraba los ojos, pero los sollozos no fueron audibles a causa de la mordaza.

Tucson se acercó a ella. La desató y la dejó en libertad, mientras el cuerpo de la china se doblaba como si le faltaran las fuerzas. Por primera vez Patricia Weng, la enigmática e inaccesible, no era más que una mujer, y además una mujer acorralada.

Tucson la sujetó por un brazo, ayudándola a ponerse en pie.

Sin hablar una palabra, mientras ella hacía esfuerzos titánicos para dominar sus sollozos, el joven la condujo hasta el cuarto de baño que había al otro lado del despacho, pero colocándose de modo que no pudiese ver la bañera. Y le aconsejó que le limpiase bien la cara, eliminando las manchas que en ella había dejado el cuerpo de la araña al desintegrarse. Patricia tuvo largo rato el rostro bajo el chorro del agua fría, y luego pareció sentirse mejor.

—Era una trampa... —pudo balbucir ella al fin—. ¡Una sucia y miserable trampa!

—Afortunadamente hemos llegado a tiempo de evitarla. Cálmate. Tienes que descansar.

La sacó del cuarto de baño, logrando que no viese nada más. Ella se estremecía aún. Tenía los ojos turbios.

—Estás herido —balbució al fin.

—Sí. Y he perdido bastante sangre. Pero espero que sepas vendarme.

—Claro... En ese cuarto de baño me parece haber visto un botiquín.

—Espera. Entraré yo solo.

En efecto, había un botiquín con todo lo necesario para una cura de urgencia, por importante que ésta fuese. Tucson se desprendió de la americana y se arremangó la camisa. Ella, más calmada ya, demostró que sabía ser tan buena enfermera como buena

diplomática.

—¿También os enseñaban eso? —musitó.

—Sí. Después de la clase de los besos, venía la clase de las curas de urgencia.

—Debía ser por si alguien se desmayaba... ¿Quién te ha traído aquí? Por la conexión telefónica secreta me ha parecido oír que era el delegado de Indonesia.

—En efecto, ha sido él. Pero supongo que lo han obligado.

—Eso mismo pienso yo también. Y luego lo habrán dejado en libertad, con la promesa de que no diría nada. Promesa innecesaria, porque nunca hablará para que se sepa un escándalo de tamaña categoría. Supongo que mañana lo encontrarás en la mesa de conferencias como si nada hubiera ocurrido. El que seguramente no piensa encontrarte es él a ti.

Patricia hundió un momento la cabeza, mientras reflexionaba intensamente.

—¿Quién crees que está detrás de todo esto? —balbució.

—Aparentemente la respuesta ya la tengo, pero quiero asegurarme bien. Lo primero que haré será registrar esto.

Lo hizo así, comprobando que no había nadie más en el local. Este no era muy grande, fuera de la enorme sala de exposiciones. Hizo que la muchacha se quedara en el despacho para que no viera el cuerpo del gigante guillotinado. Luego revisó todos los papeles que había en los cajones de la mesa.

La exposición había sido organizada por un tal William Malcomb, un prestigioso comerciante de antigüedades. Pero como aquello costaba una fortuna, seguramente hubo de aceptar dinero de alguien, a condición de que le dejase ocupar a determinadas horas las habitaciones posteriores. Un buen lugar para no ser descubierto.

Tucson podía preguntar a William Malcomb de quién había recibido el dinero. Pero tenía sobre esto su propia idea.

De modo que se limitó a telefonear al FBI.

Y a devolver a Patricia Weng al hotel Sheraton, como si nada hubiera ocurrido.

—Tómate un «bourbon» doble —le dijo—. Te sentará bien.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a tomarme también un «bourbon», pero con otra persona.

—¿Con quién?

—Con el verdadero asesino.

CAPITULO XI

Aben Chalam estaba en el mismo salón de la vez anterior. La criadita indonesia le condujo hasta él, moviendo las caderas obsesionadamente.

Todo parecía igual, como si el tiempo no hubiera transcurrido en absoluto. Como si no hubiera transcurrido ni un minuto. Las estatuillas, los muebles tallados, los jarrones. ¡Hasta la serpiente artificial, con piedras preciosas, inmovilizada en la pared!

El millonario le recibió con una sonrisa.

—Mi joven amigo —musitó—. ¿Qué quiere de mí el poderoso servicio de investigación federal de los Estados Unidos?

—Sólo unas palabras sin demasiada importancia.

—¿Acaso han sabido algo de mi hijo? Supongo que se han preocupado de buscarlo.

—Sí.

—¿Y qué?

—Desgraciadamente no hemos podido encontrarlo, señor Chalam. Y nadie sería capaz de realizar ese milagro por la sencilla razón de que su hijo no existe.

Las facciones del millonario sufrieron una sacudida.

Su boca se abrió con una mueca de asombro para decir:

—¿Está loco?

—No, amigo mío. Mis palabras obedecen a un estudio muy completo de la situación. Todo ha arrancado de un hecho: un monstruo no hubiera podido ir varias veces a la exposición de antigüedades sin ser notado. Eso fue lo que me hizo pensar que quizá el monstruo no existía. Desde ahí, mi pensamiento voló un poco. Y me dije que no era mala idea «resucitar» al hijo que había muerto efectivamente en el incendio del Banco de Java, sin que su cuerpo fuera hallado nunca. Resucitarlo por si las cosas venían mal dadas, por si llegaban a sospechar firmemente de usted, como así sucedió.

—Pero... ¡lo que está diciendo es absurdo! ¿No se da cuenta? Yo entré con él en el país. ¡Las autoridades sanitarias lo controlaron!

—Controlaron a un desdichado nativo a quien usted hizo abrasar la cara en Indonesia, obligándole a callar so pena de exterminar a su mujer y sus hijos. Ese desdichado debió ser sacrificado tras entrar en los Estados Unidos, puesto que ya podía ser más un estorbo que un elemento útil. Estoy seguro de que no tardaremos en descubrir su cadáver. En cuanto a las fotos que enseñó a los especialistas, eran las de ese desdichado al que nadie podía reconocer; así se aseguraba una coartada complementaria nada despreciable. El pasaporte era auténtico, y la foto también. La foto de su verdadero hijo. Pero las autoridades dieron como buena la entrada al conocer el accidente y, sobre todo, al confiar en usted, un millonario respetable que venía aquí a comprar, nada menos, pozos de petróleo y a salvar a su hijo. Ni siquiera las huellas digitales pudieron comprobar, ya que las manos también estaban quemadas. Con ello inventó usted un culpable; hizo que persiguiéramos a alguien que, en realidad, no existía.

Tucson se había colocado junto a la repisa de la chimenea, teniendo detrás la valiosa serpiente artificial. Sus ojos brillaron, al seguir acusando:

—Fineman, mi jefe, cayó en la trampa, y yo al principio también. En este momento, docenas de federales buscan a un individuo que no existe, mientras que de usted no sospechaba nadie. Pero ahora la comedia ha terminado, amigo Chalam. Todos sus hombres han muerto, incluso Rosso. Mi amigo Rawlins, la primera víctima, ha sido cumplidamente vengado. Y la conferencia se reanudará y quizá consiga algún resultado positivo. Más vale que se entregue, Chalam, y olvide sus locos proyectos, si no quiere que le suceda algo aún peor.

Aben Chalam se puso en pie.

Debía estar muy pálido, pero eso no se notaba apenas en su cara apergaminada y amarilla.

—¿Sólo usted conoce esto? —musitó—. ¿No lo sabe nadie más?

—Por el momento, nadie más. Pero es inútil que trate de pensar en salvarse, amigo. Sabré hacer frente a cualquier trampa.

—Sí —dijo Chalam lentamente—. A cualquier trampa.

Sus ojos estaban quietos, muy quietos.

Parecían hipnotizarle.

No decía una palabra. Estaba en el centro de la habitación, sin

intentar huir, mientras una lucecita demoníaca palpitaba en el fondo, muy en el fondo de sus enigmáticas pupilas.

Sus ojos estaban tan fijos como los de...

De pronto todo el cuerpo de Tucson sufrió una sacudida.

Lanzó un grito de sorpresa y de horror.

...¡como los de una serpiente!

Arqueó todo el cuerpo, esquivando la mortal acometida, mientras el reptil atacaba a su espalda. La más astuta, la más siniestra trampa de aquel diablo estaba a su espalda. La serpiente artificial, adornada con piedras preciosas, no era sino duplicado de otra serpiente natural, y amaestrada para que guardara la quietud necesaria, y que era colocada allí en momentos de peligro, sustituyendo a la falsa.

La sensación de asco, de odio, de muerte, hizo que todo el cuerpo de Tucson se estremeciera de nuevo.

Ya le parecía sentir el ardor del veneno en las venas. Un segundo más y...

La serpiente había caído al suelo. Tucson le dio un terrible puntapié, lanzándola por los aires. Pero lo hizo con precisión. Con una precisión mortal. Con la puntería necesaria para que... ¡fuese a caer sobre el cuerpo de Aben Chalam!

Este aulló, estremeciéndose, mientras intentaba apartar con sus manos aquel cuerpo viscoso y repugnante. Cayó de rodillas. La serpiente, enloquecida, se enroscó a él. Sus fauces abiertas se acercaron a su cuello lentamente, como si el reptil se recreara en el cruento sacrificio.

Tucson no le voló la cabeza hasta que los dientes venenosos se hubieron clavado tres veces en el cuello de Aben Chalam.

Luego, cuando éste ya no era más que un cuerpo contorsionado en el suelo, un simple guiñapo que se debatía en los espasmos de la muerte, el federal se acercó al teléfono y marcó el número del Sheraton.

—¿Patricia? —susurró.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—¿Te has tomado el «bourbon» doble?

—Sí.

—¿Y cómo te sientes?

—Mejor. Esas bebidas occidentales son el mismísimo demonio.

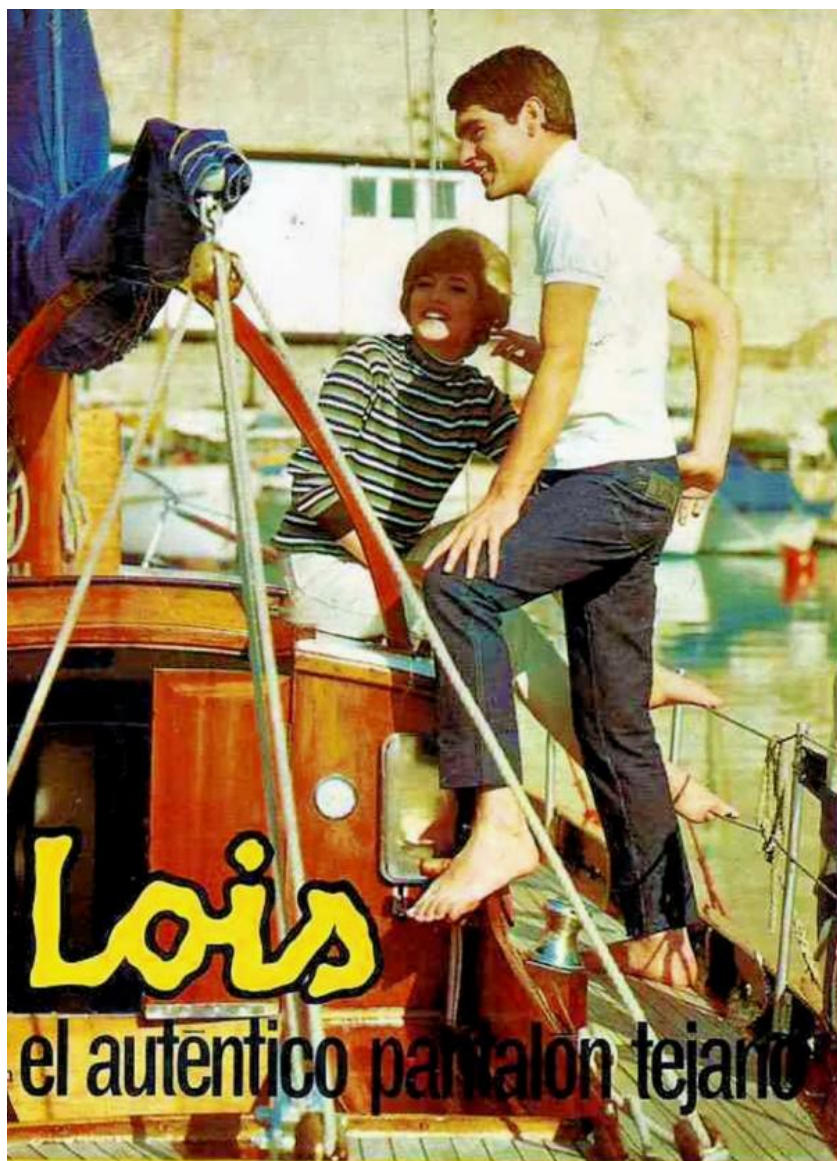
—Pues prepárate, porque voy en seguida.

—¿A qué?

Tucson dijo suavemente:

—Pues a una cosa muy seria. Nada menos que a dar clase...

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

¹ Minutemen fue el nombre dado a los sudistas que realizaban misiones arriesgadas durante la guerra de Secesión. El episodio del gas venenoso es rigurosamente cierto.